

texto completo, de diversas clases de contratos con sus modificaciones en el transcurso de los siglos, es recomendable agregar al cuerpo de catálogos la versión in extenso de diversas clases de contratos de cada escribano, o de aquellos que modifican las costumbres de sus antecesores e introducen novedades.

AURELIO TANODE

#### RECUERDO BIO — BIBLIOGRAFICO DEL HISTORIADOR CARLOS PEREYRA

Así como las conmemoraciones oficiales de los grandes hechos de la historia hacen que los hombres se reúnan, periódicamente, para rendir homenaje a quienes, de diversas maneras, contribuyeron a forjar la nacionalidad, creemos que es deber de los estudiosos de las diferentes disciplinas congregarse, también ocasionalmente, para recordar aquellos maestros que, con su esfuerzo intelectual, dieron a la respectiva ciencia el aporte de su talento y la ayudaron a perfilarse definitivamente en el conjunto de las ramas del saber.

Escribimos esto porque al cumplirse el año pasado el primer cuarto de siglo de la desaparición del gran historiador americano, don Carlos Pereyra, no hemos visto, salvo alguna honrosa excepción, que se lo memorara como creemos que era de justicia.

A quienes estamos acostumbrados al estilo cada vez más monográfico de la investigación en Historia de América, o a la consulta de tratados especializados en sus grandes temas regionales, no nos dejó de llamar la atención, hace ya unos cuantos años, que hubiera existido hasta ayer, casi, un historiador con la suficiente capacidad y con el no menos indispensable estilo personal como para, a la vez, poder llegar a producir una obra totalizadora del conjunto americano sin que su mínimo aparato crítico —como hoy decimos— nos hiciera sospechar de su probidad y acierto.

Pero, ¿no podría tratarse, tan solo, de un ensayista brillante que nos había deslumbrado con el juego habil de su dialéctica? ¿O, por otra parte, este prolífico escritor mexicano, residente en Madrid, no sería más bien un publicista de ágil pluma que manejaba bien algunos argumentos de tipo hispanista?

¿Estaríamos en presencia de un grande historiador? ¿Y quién era él? ¿Cuáles los hechos fundamentales de su vida? Veamos.

##### *Primeros datos biográficos*

Nació Carlos Pereyra en Saltillo, la ciudad fundada, a mediados del siglo XVI por el conquistador Francisco de Urdiñola (hoy capital del estado mexicano de Coahuila) el 3 de noviembre de 1871. Fueron sus padres el ingeniero don Miguel Pereyra y del Bosque y doña María de Jesús Gómez Méndez. Tuvo dos hermanos: Miguel y Josefina. Se ha dicho que la suya era una familia acomodada de hacendados del norte.

Sus antepasados habían dejado hondas huellas en las luchas por la independencia de su estado natal. Su tío abuelo, don Guillermo del Bosque, cuando los franceses ocupaban la ciudad de Saltillo, había entrado, amparado en las sombras de la noche, hasta el centro de la ciudad y enlazado un cañón colocado frente al

cuartel general de los soldados invasores, con lo que la pieza resultó desmontada e inservible. Los franceses, escribió el coterráneo de Pereyra don Miguel Alessio Robles, quedaron atónitos ante semejante hazaña.

Su abuela paterna, doña Agustina del Bosque, fue una ilustre benefactora de Coahuila, y su abuelo materno, don Miguel Gómez, había sido un distinguido hombre público, abogado notable y orador elocuente, cuyo verbo vibrante había resonado majestuosamente en los ámbitos del parlamento mexicano <sup>1</sup>.

¿Tendrá alguna importancia, para la obra futura del historiador Carlos Pereyra, el hecho de que hubiese visto la luz primera en el norteño Coahuila?

Indudablemente, porque Pereyra que, como lo revelarán sus escritos, será antes que nada fiel a su tierra y a su pueblo, mostrará un comportamiento intelectual de hombre de frontera, en el cual, como escribió Manuel Herrera y Lasso, la "conciencia de la especie" intensifica sus dos inseparables efectos: la simpatía por el semejante y la aversión hacia el extraño. Y Pereyra, como todos sabemos, por defensor de lo propio, supo manifestar su fobia a lo extranjero, que en su caso sería, sobre todo, lo norteamericano <sup>2</sup>.

Al nacer Carlos, un indio zapoteca, Benito Juárez, era presidente de México. El país, en manos de esta recia —y discutida— figura, acababa de salir de aquella tragedia extraordinaria que fue la malaventurada gestión del emperador Maximiliano y de Francia.

Uno de los hombres que, con el andar del tiempo, iba a tener indudable influencia sobre Pereyra —el ilustre don Justo Sierra— ha dejado la estampa de finos trazos de lo que fue, para la juventud estudiosa de la época y, desde luego, para los tiempos que iban a venir, la marca a fuego de la invasión militar y de lo que sería después, con lógica estricta, el peso patriótico del juarismo triunfante.

Fueron dos señoritas profesoras, María y Refugio de León, quienes enseñaron a Carlos Pereyra, en su ciudad natal, las primeras letras.

Luego, pasó a cursar estudios primarios en la Escuela Oficial Número 1, atendida por el maestro Miguel López y en el Colegio de San Juan, que dirigían los padres jesuitas <sup>3</sup>.

Después, ingresaría en el Ateneo Fuente, de la misma Saltillo, donde se graduó de bachiller.

Estos son, prácticamente, los únicos datos que se tienen sobre su trayectoria de escolar y de estudiante. Y ninguno de sus biógrafos se ha detenido mayormente en ese aspecto.

Por otra parte, en la vida de Pereyra hay algo que lo singulariza: jamás le gustó hacer ostentación de su yo; con una gran modestia, pocas veces habló de sí mismo.

Podrían aplicarse a su conducta —ha escrito Martín Quirarte— las mismas palabras que él usó para definir la vida de Humboldt en uno de sus grandes libros: "no nos aplastó con su grandeza y tuvo el supremo buen gusto de pasar por la vida sin solemnidad".

(1) DOTOR, Angel: *Carlos Pereyra y su obra*. Pág. 20. Madrid, 1948.

(2) HERRERA Y LASSO, Manuel: *Meditación sobre Pereyra*. En *Estudios Americanos*. Revista de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla. Vol. I. N.º 3. Pág. 525. Sevilla, 1949.

(3) RUBIO MANE, Ignacio: *Nota necrológica. Carlos Pereyra 1871-1942*. En *Revista de Historia de América*. Instituto Panamericano de Geografía e Historia N.º 15. Pág. 325. México, diciembre 1942.

De aquellos años juveniles, solamente se recuerda un hecho de Pereyra: su participación en un movimiento estudiantil que solicitó —¿deberemos decir tumultuosamente?— la deposición del gobernador de Coahuila, don José María Garza Galán. Esto, y que, junto a Carlos, se encontraba un mozo que años más tarde iba a jugar un papel destacado en tiempos de la Revolución: Venustiano Carranza <sup>4</sup>.

Después, pasó Pereyra a la ciudad de México, para continuar estudios superiores, los que cursó en la Escuela Preparatoria y en la de Jurisprudencia. Antes de terminar la carrera, en el año 1895, se le designó como miembro de la Comisión Codificadora del Estado de Coahuila, con lo que daba comienzo su actuación en la vida pública.

Obtuvo su título de Licenciado en Leyes y empezó su carrera como Defensor de Oficio del Distrito Federal y Agente del Ministerio Público algún tiempo después.

Estuvo en Saltillo como miembro de la Comisión Calificadora de Hacienda del Estado de Coahuila y en Monterrey dirigió un periódico, *El Espectador*, en tiempos en que gobernaba Nuevo León el general don Bernardo Reyes. Además, en *El Norte*, de Chihuahua, publicará una serie de artículos que serán el anticipo de uno de sus libros más conocidos: *Texas* <sup>5</sup>.

Aquí comienzan a puntar las dotes del talentoso escritor que, andandó el tiempo, sería Pereyra, quien, ya de retorno en la capital de la República, colaboraría en *El Imparcial* y *El Mundo Ilustrado*.

Se ha despertado en él una vocación, innegablemente, y pronto se sentirá llamado por otra, la de la docencia.

Pero, antes de referirnos a esta última, tenemos que hacer mención de otro hecho capital para la vida de Pereyra: su casamiento.

Al parecer, intensamente ocupado como ya estaba, guardaba en su corazón un amor ardiente por su vecina, la joven veracruzana María Enriqueta Camarillo, mujer de exquisita sensibilidad con la que casaría en 1898 y con la que formaría un matrimonio ejemplar a través de cuarenta y cuatro años en los que, como veremos, hubo no pocas ocasiones de dura prueba.

Como estudioso que era, Carlos Pereyra sentía la necesidad de comunicar su saber. Es así que pronto lo veremos en funciones de profesor, primero de Lengua castellana, desde el 5 de julio de 1905, en la Escuela Nacional Preparatoria, cargo que ejerció hasta que, en 28 de mayo de 1906, se lo designó Profesor de Historia Patria en el mismo centro docente. Esta cátedra fue, a su vez, trocada por la de Sociología, en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, el 23 de febrero de 1907 <sup>6</sup>.

Las últimas asignaturas citadas podríamos decir que marcaron definitivamente la vocación intelectual de Pereyra.

Pero, mientras tanto, ¿ha hecho algo más? ¿Era cierto que, en torno a sus treinta años, había elegido ya su destino?

#### Producción inicial

Sin duda, el estudio que lo avasallaba era el de la historia. Y, cosa singular

(4) QUIRARTE, Martín: *Carlos Pereyra, caballero andante de la Historia*. Pág. 6. México, 1952.

(5) RUBIO MANE, Ignacio: *Ob. cit.*

(6) DOTOR, Angel: *Ob. cit.* Pág. 37.

aunque no extraña, el primer trabajo salido de su pluma —y al que no hacen referencia varios autores, probablemente porque ha permanecido inédito hasta 1959— fue una *Historia de Coahuila* de la que se conservan fragmentos importantes.

Este escrito, que se conoce también bajo los nombres de *Cosas de Coahuila* y de *Apuntes para una Historia de Coahuila*, le fue encomendado a Pereyra cuando acababa de recibirse de abogado por el gobernador de ese Estado, Licenciado Miguel Cárdenas.

Es una narración de hechos locales y regionales —porque tal es el tema— pero no reducida a pormenores de escaso interés.

Comienza por las marchas de los hispanos a través del norte de México. Y, en eso solo, ya el autor hace notar su admiración por las proezas cumplidas. Porque, leyendas aparte, es cierto que esas tierras lejanas, semidesérticas y pobres, demandaron ingentes sacrificios.

El texto pereyrano quedó trunco, pero revela el esfuerzo de investigación de quien, aun con hondos prejuicios antiespañoles, trataba de comenzar a entender al pueblo conquistador.

Hay también ciertos puntos de vista sociológicos expresados en un fino lirismo y algunos atisbos que el autor iría a desarrollar más adelante, en otros libros suyos, como aquel relativo a la transformación social que sufrían los recién llegados. Finalmente, se encuentran observaciones que luego corregiría, como esa relativa a la no existencia de violentos contrastes entre la colonización inglesa y la española <sup>7</sup>.

Pero, para todo esto, había que esperar. Pereyra, era cierto, se había dedicado a la historia, más también estaba entonces entregado a la política.

En los primeros años de este siglo, la vida mexicana continuaba siendo conducida por aquella figura tan apabullante de don Porfirio Díaz.

En tiempos del porfirismo, una generación de intelectuales mexicanos de indudable brillo y que se movía dentro de los carriles del positivismo, se había dedicado con pasión a los estudios históricos.

Los nombres de Manuel Orozco y Berra, Justo Sierra, Nicolás León, Genaro García, Joaquín García Icazbalceta y otros, enaltecieron entonces esta ciencia en México.

Pero, a la vez, y mezclado con la pasión política, estaba el credo oficial, que intentaba construir la historia mexicana a partir de ciertos tabúes ideológicos de los que todos —quien más, quien menos— hemos recibido, en América, sus ecos e influencias.

Pues bien; contra aquel conformismo en el engaño, México vio alzarse la voz de un hombre íntegro en su sinceridad de liberal, a la vez que discursor formidable: don Francisco Bulnes, autor, por 1904, de un inquietante y polémico libro:

*Las grandes mentiras de nuestra historia.*

En él se analizan tres tópicos fundamentales: la expedición española de Barradas, la campaña de Texas y la primera guerra con Francia.

(7) Según QUIRANTE, Martín: Ob. cit. Pág. 9, Vito Alessio Robles da como fecha de producción de esta obra el año 1906. Sin embargo, nos inclinamos por la que le asigna Artemio del Valle Arizpe, quien sostiene que fue escrita hacia 1898, pues coincide con la proximidad de la obtención de su graduación de abogado por Pereyra.

Contra las afirmaciones de Bulnes, se levantaron varios autores. Del conjunto, y en medio de una encendida controversia, surgió la figura de Carlos Pereyra, como la del único contendor capaz de usar las mismas armas de la dialéctica que Bulnes. Su obra se llamará *De Barradas a Baudin* y se publicará en ese mismo año 1904.

Con ella demostrará no solamente su gran conocimiento de la historiografía mexicana sino, sobre todo en la parte relativa a la cuestión de Texas, que su erudición le servía ya de apoyo para ir arribando a conclusiones cada vez más definitivas acerca de las fuerzas que pugnarán en la estructuración de la nacionalidad mexicana. Aparte de esto, el libro se hará notar por los retratos magistrales de ciertos personajes claves, como el brigadier Santa Anna, por ejemplo <sup>8</sup>.

Pero, de cualquier modo, ese gran debelador de patrañas que fue Bulnes no iba a permanecer callado.

Y no halló ocasión más propicia para encender de nuevo el polvorín, que la celebración del centenario del nacimiento de Juárez. Fijémonos bien; nada menos que contra la, hasta entonces, immaculada e indiscutida figura del ex presidente y prócer de la Reforma, se levantaba ahora este aristarco al publicar *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio* (1904).

Entonces, Pereyra, dispuesto a defender la memoria del célebre político, publicará en el mismo año su *Juárez discutido como dictador estadista*.

Vuelve aquí a hacer derroche de dialéctica porque es fuerte el ataque que ha llevado Bulnes. Y si bien reconoce que era injusta la deificación de Juárez ya que cree que se lo debe discutir antes de glorificarlo, demuestra una gran admiración por el caudillo nacional <sup>9</sup>.

De cualquier manera, aquel *enfant terrible* del porfirismo que era don Francisco Bulnes contestó a sus adversarios con otro libro: *Juárez y las Revoluciones de Ayutla y de Reforma* (1905), aunque sin tomar en cuenta, casi, las refutaciones de Pereyra.

En estas circunstancias, la figura más importante del positivismo mexicano, don Justo Sierra, iba a salir a la palestra con el libro *Juárez. Su obra y su tiempo* (1905-1906) el cual si bien apareció con aquel nombre de autor, está probado hoy que solamente tuvo de él los capítulos primero y último y que todos los demás fueron de Pereyra quien, por estos años, según Rubio Mañé, era discípulo predilecto de Sierra.

Respecto de esta colaboración y, sobre todo, del análisis y exposición históricos de Pereyra, se ha planteado una discusión que, evidentemente, interesa a la historiografía mexicana <sup>10</sup>.

No creemos oportuno emitir nuestro parecer acerca de ese asunto y sí, en cambio, destacar que aquello que iba creciendo era la figura de historiador de Pereyra quien, si por entonces es el vocero y representante de la versión liberal y, en cierto modo, oficial de la historia de su país, no tardará muchos años en modificar este criterio.

Y ello, de seguro, porque era un hombre joven en constante renovación.

Pero que se apreciaban sus dotes de investigador queda probado no sola-

(8) PEREYRA, Carlos: *Obras Completas*. Tomo I. Pág. 369 y ss. México, 1959.

(9) *Ibidem*, id. Pág. 231 y m.

(10) (Cf. QUIRANTE, Martín: Ob. cit. Pág. 17-30. Y GONZALEZ RAMIREZ, Manuel: Prólogo *Carlos Pereyra, historiador y sociólogo*, a las *Obras Completas*, cit. Especialmente, pág. 230.

mente por su extensa participación en la obra de Sierra, sino por su activa colaboración en los cinco primeros volúmenes de los *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México* (1905-1906), que se publicarán bajo la dirección de don Genaro García <sup>11</sup>.

Ahora bien; Pereyra es incansable en el trabajo histórico. Publica, también en 1905, *Correspondencia Secreta de los Principales Intervencionistas mejicanos*, y dos obras que se pueden considerar de divulgación: *Historia del pueblo mejicano* (1906) y *Lecturas históricas mejicanas. La conquista del Anáhuac* (1906).

Podríamos decir que ambos volúmenes —que publicó la Editorial Ballezá— se complementan y, sobre todo, que tienen un amplio sentido didáctico. Pereyra escribió en la dedicatoria "Al lector" de los dos pequeños tomos de su *Historia del pueblo mejicano*:

"El libro elemental, por sí solo, nada enseña. Es una guía si el autor ha sabido cumplir su propósito. Para que aproveche, se necesita la cooperación activa de maestros y alumnos. Y para que tengan un terreno de ensanche esa cooperación de las explicaciones del maestro y las reflexiones del alumno, debe acudir a otro elemento de enseñanza: LAS LECTURAS HISTÓRICAS".

Por otra parte dijo —y, tal vez, sea esto lo más importante como dato acerca del hombre que escribía esa historia—:

"El autor no cree haber llegado a despojar sus juicios de todo carácter sectorio, pero lo ha procurado. Sabe que la imparcialidad no se logra sólo con la exacta narración de los hechos si no va seguida de la rectitud del juicio histórico, para lo cual es forzoso apartarse de la interpretación viciosa de los contemporáneos. Si el conocimiento de los hechos sociales no ha de llevar necesariamente a la concordia, por lo menos que no sea vehículo de odios".

Tanto en la *Historia* como en las *Lecturas* campea un hondo sentido patriótico, con resabios ciertos de antiespañolismo.

La *Historia* comprende desde la situación de las civilizaciones indígenas de los tiempos precortesianos hasta la época de don Porfirio Díaz. Por su parte, las *Lecturas* se extienden desde los precedentes navieros españoles y portugueses del descubrimiento, hasta la captura de Cuauhtémoc y la dominación definitiva de Cortés en México.

De esta última obra volveremos a tratar más adelante <sup>12</sup>.

En setiembre de 1907, según Dotor, Pereyra fue elegido diputado al Congreso de la Unión, con lo que se iniciaron sus actividades políticas, que durarían poco, al pasar a ejercer las diplomáticas.

Pero, antes de referirnos a estas últimas, debemos agregar a las obras ya mencionadas una del año 1908, titulada *La doctrina de Monroe* (Editorial Ballezá, de México), en la cual se anticipan algunas de las premisas que nuestro autor desarrollará posteriormente en libros de mayor erudición.

De cualquier manera, en la obra conserva con dificultad su sentido de equanimidad, porque su mexicanismo le hace ver como peligrosos los procedimientos diplomáticos y políticos del país del norte.

(11) RUBIO MANE, Ignacio: Ob. cit.  
(12) Ambos estudios están incluidos en *Obras Completas*, cit. Tomo I. Conocemos, además, y manejamos, una becañón hecha por Editora Nacional, de México, en 1956, para la *Historia* en dos tomos y en 1955 para las *Lecturas históricas*.

Por otro lado, tiene importancia el hecho de que Pereyra, por lo menos en el aspecto de la defensa de lo mexicano, no ha necesitado salir de su suelo para establecerla. Y, más aún, ya ha comenzado a apreciar el hecho español en la civilización de su tierra, sin tener necesidad de abandonarla para ir a Europa y, más concretamente, a la Península <sup>13</sup>.

#### En la diplomacia

Después de escribir estas obras, Pereyra ingresó en el servicio diplomático. El 3 de agosto de 1909 era nombrado Segundo Secretario de la Embajada de México en Washington, cargo del que tomó posesión el 23 de dicho mes.

Llamado por su gobierno, regresó pronto a la capital mexicana. Se lo designa Primer Secretario el 10 de enero de 1910, pero siete días después era nombrado Encargado de Negocios en Cuba, con carácter interino. Parece que esta designación —comenta Rubio Mañé— tuvo por objeto que el embajador mexicano en La Habana (a la que llegó Pereyra el 2 de febrero para presentar sus credenciales el 5 ante el Presidente José Miguel Gómez) Licenciado José F. Godoy, pudiese pasar a la ciudad de México para asistir a las fiestas del Centenario de la Independencia.

Más tarde, fue electo diputado al Congreso de la Unión y debió volver a México por noviembre de 1910 para ocupar su puesto en la Cámara.

En este mismo año, Pereyra recibe el título de miembro de la American Academy of Political and Social Science y, en su patria, de otras dos sabias corporaciones: la Academia de Ciencias Sociales y la Academia Central Mexicana de Jurisprudencia y Legislación, correspondiente de la Real del mismo nombre de Madrid.

A comienzos de 1911 —10 de enero— fue llamado nuevamente al servicio exterior y debió viajar otra vez a Washington como Primer Secretario de Embajada.

Recién llegado, debió quedar como Encargado de Negocios ad interim en dos ocasiones, pues el Embajador, Licenciado Francisco León de la Barra, se ausentó por un tiempo en misión a Italia, primero, y, luego, tras la renuncia del general Porfirio Díaz, cuando fue nombrado Presidente interino de la República.

Más tarde, Pereyra siguió como Primer Secretario hasta que lo llamó a México el gobierno de don Francisco I. Madero. Llegó el 8 de diciembre y, al día siguiente, fue dejado cesante "por no ser persona grata a la nueva administración. Parece que, en Washington, Pereyra se había expresado mal del nuevo gobierno" <sup>14</sup>. Estas palabras son complementadas por otro autor, quien, más francamente, dice que Pereyra había atacado a la Revolución en artículos periodísticos <sup>15</sup>.

Todo ese tiempo de su estadía en Estados Unidos, lo aprovechó Pereyra para dos cosas: estudiar y llenarse de conocimientos sobre la historia política, económica y social de aquel pueblo y, en segundo término, observar cómo se practicaba la democracia, pues vio la lucha electoral que precedió al triunfo de Wilson.

Año y medio después, tras el golpe de estado de Victoriano Huerta, Pereyra

(13) QUIRARTE, Martín: Ob. cit. da la misma fecha que nosotros. En cambio, RUBIO MANE, Ignacio, Ob. cit. pone Barcelona s. a.

(14) RUBIO MANE, Ignacio: Ob. cit.

(15) GONZÁLEZ RAMÍREZ, Manuel: Ob. cit. Pág. 26.

recibió su nombramiento de Subsecretario de Relaciones Exteriores, el 22 de febrero de 1913.

Cuando, el 20 de junio de dicho año, quedó cesante don Francisco de León de la Barra como Secretario de Relaciones, Pereyra quedó encargado del Ministerio hasta la llegada de don Federico Gamboa, que venía de Bruselas a tomar posesión del cargo.

El 22 de julio don Carlos era nombrado para suceder a Gamboa como Embajador Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Bélgica y los Países Bajos. El 2 de setiembre se hizo cargo en Bruselas y el 6 en La Haya <sup>16</sup>.

Cuando cayó el gobierno Huerta por el triunfo de la revolución de Venustiano Carranza, Pereyra tomó la decisión de renunciar a su puesto. Se cuenta que cerró las puertas de la Embajada, que tomó las llaves y las entregó al Primer Secretario, diciéndole:

—“El gobierno que representaba ha sido derribado por un rebelde; desde este momento considero que ya se me ha depuesto y no quiero permanecer un instante más con un cargo que no me compete.

—Pero usted podía esperar la decisión del nuevo gobierno —se le objetó— que quizá le sea favorable; en todo caso debería hacer una renuncia formal.

—No; —contestó Pereyra— yo no renuncié ante bribones. Si usted no acepta las llaves, me verá obligado a tirarlas en el primer sitio que encuentre”.

Suena un poco raro esta decisión, si tenemos en cuenta que Pereyra había conocido y tratado —como dijimos— a Carranza en su juventud. Es decir que, en cierto modo, podía esperar —de haber pensado tal vez en sus intereses— que el nuevo gobierno le abriera sus puertas. Más todavía; se sabe que Carranza le escribió para invitarlo a formar parte de su administración. Pero don Carlos rechazó el ofrecimiento, al parecer, con marcado desdén <sup>17</sup>.

Este momento es importante por muchas razones en la vida de Pereyra. No solamente por las consecuencias personales que de él derivarán, al romper con la Revolución de manera definitiva y al tener que quedar en Europa obligado a trabajar para mantenerse, sino también porque, de aquí, saldrá una posición con respecto a lo que significó para su tierra aquel movimiento.

Su resolución, en todo caso, vino a mostrar la entereza de su carácter. Ya no regresaría vivo a México pues, de acuerdo con sus convicciones, de las que jamás claudicó, prefirió cortar amarras y empezar de nuevo.

#### *Soledad europea. A España.*

Como compensación, si así pudiéramos interpretarla, recibiría Pereyra, a fines de ese crucial año 1913, su designación de miembro de la Corte Internacional de Arbitraje de La Haya (26 de diciembre).

Acompañado siempre por su abnegada esposa, quedó algunos meses más en Bélgica, lugar que abandonó cuando las tropas alemanas lo invadieron en 1914.

Se trasladaron entonces a Lausana, Suiza, a orillas del lago Lemán, donde vivirían dos años, en suma estrechez.

(16) DOTOR, Angel: Ob. cit. Pág. 41-42. Y RUBIO MARÉ, Ignacio: Ob. cit.  
(17) QUIRARTE, Martín: Ob. cit. Pág. 55-56.

Se nos cuenta que doña María Enriqueta tuvo que dar conciertos de piano para allegar recursos.

Y, mientras tanto, ¿qué había hecho y hacía Pereyra?

Según Rubio Maré, en 1912, y, según González Ramírez, en 1914, habíase publicado en México su volumen titulado *Patria* que constituye un trabajo de tipo docente destinado a la formación histórica de los niños por intermedio de sus maestros, a quienes llama “abnegados y nobles obreros”.

Obra escrita en estilo llano y casi esquemático, tiende a abarcar desde el conocimiento de las tribus indígenas que poblaban el territorio de México antes de la llegada de los españoles, hasta la toma del poder por Victoriano Huerta.

Pensamos que este libro lo tenía hecho Pereyra desde tiempo atrás, tal vez desde la época de la *Historia del pueblo mexicano* y las *Lecturas históricas*, pues no casa bien con lo que eran sus últimas preocupaciones, amén de que sigue manteniendo un criterio marcadamente liberal como en esas obras <sup>18</sup>.

Respecto de lo que había hecho, creemos no equivocarnos si decimos que este tiempo de su estancia en Bélgica y Suiza debe haberlo dedicado a la terminación de algunos de sus libros más conocidos.

De ellos hablaremos en seguida y, sobre todo, de la posibilidad de publicarlos.

Porque la verdad es que, aparte de las dificultades ya señaladas, los esposos Pereyra no se adaptan a las costumbres y el carácter suizos, por lo que han decidido emigrar a otro sitio. Y es entonces cuando se resuelven por España, aquella tierra que desde tantos años atrás había atraído al estudioso y que ahora considerará fundamental conocer para completar su formación.

Y así llegaron don Carlos y doña María Enriqueta a Madrid, en 1916.

Allí vivía entonces el escritor hispanoamericano don Rufino Blanco Fombona, director de la Editorial América, cuya producción literaria e histórico-sociológica ya había sido apreciada por Pereyra <sup>19</sup>.

Un día arriba a casa de don Rufino una pareja de viajeros mexicanos, procedentes de Suiza. Prácticamente, han gastado todo su capital en el viaje.

En presencia ya del editor, dice el caballero:

—Venimos de Suiza, deseamos establecernos en Madrid; somos hispanoamericanos y queremos dedicarnos a las actividades que son de nuestra competencia.

—¿Con quién tengo el gusto de hablar?, pregunta el dueño de casa.

—Mi esposa, María Enriqueta, y yo, Carlos Pereyra.

Al oír esos nombres, don Rufino, como movido por un resorte, se levantó para exclamar:

—Oh!, lo que yo necesitaba. Ustedes darán prestigio a mi Editorial <sup>20</sup>.

Y así comenzó una gran amistad entre ambos hombres. Y así, también, comenzaron a salir los libros que Pereyra traía escritos o que tenía en preparación avanzada.

#### *Primeras publicaciones españolas*

Respecto de esas obras, no es fácil determinar la fecha de su aparición sucesiva. Ocurre que para nada se preocupó de esto la Editorial América de Blanco

(18) Incluido en *Obras Completas*, cit. pág. 651 y ss.

(19) PEREYRA, Carlos: *Bolívar y Washington. Un paralelo imposible*. Pág. 84. Madrid, 1917.

(20) QUIRARTE, Martín: Ob. cit. Pág. 60-61.

Fombona. Ello hace que los autores no estén de acuerdo y asignen fechas distintas a las ediciones de Pereyra.

Aunque lo anterior sea, en fin, un poco secundario, pues lo importante: resultado que Pereyra estaba ya en España, ambientado, vinculado y... publicado, vamos a utilizar un criterio cronológico en la citación de esos libros, dentro de lo posible.

Creemos así que una de las primeras publicaciones de don Carlos y que salió como número IV de la Biblioteca de Ciencias Políticas y Sociales de la Editorial América, fue la titulada *El mito de Monroe*, una de las obras más conocidas de Pereyra y de aquellas que han merecido más reediciones.

La terminó de escribir en Bruselas, entre julio y diciembre de 1914, pero, como decíamos, recién se publicó en Madrid en 1916. Las últimas —por no decir casi las únicas— notas que lleva en los párrafos finales, son de marzo de aquel año.

Este libro —al que podría llamarse, como irónicamente hacía Blanco Fombona formando un juego de palabras, el *mito* de Monroe— es un estudio incisivo de lo que ha dado en llamarse doctrina, sobre todo tomando en cuenta la apreciación sentimental que muchos políticos, historiadores y juristas han hecho de ella.

Por lo tanto, Pereyra, con criterio de analista y poniéndose en la altura de juicio mejor que es la que da el sentido práctico de la política internacional, trata de seguir, en unas incursiones a través de la política hispanoamericana, las aplicaciones de ese monroísmo, como él llama. Y, claro está, comprueba entonces sus claudicaciones, sus eclipses, sus desmentidos, etc.

El libro, de esa forma, se constituye en un ataque formidable contra el imperialismo norteamericano.

Y por eso es que, según las cambiantes situaciones internacionales, suele ser reeditado y aprovechado por los enemigos de turno del gran país del norte <sup>21</sup>.

El otro libro cuya fecha de edición es, con seguridad, el año 1916, y que también sacó la Editorial América en su Biblioteca de la Juventud Hispanoamericana, fue el titulado *Humboldt en América*.

Esta obra, dedicada a los jóvenes y de la que el autor escribió que era un "mero ensayo preliminar", constituye un resumen de todo lo que hizo el sabio alemán en su vida y, sobre todo, de lo que realizó en y por América.

Se trata de un trabajo escrito con verdadera admiración y cariño por Humboldt, a quien Pereyra llamó "genial fundador de la filosofía social en los países americanos".

Tras seguir biográficamente al viajero, nuestro autor transcribe páginas íntimas de sus observaciones sobre la naturaleza y las gentes que encontró en los cinco años de su residencia en las posesiones españolas.

Al valorar su obra científica, llega a afirmar atinada y justicieramente, que el *Ensayo político sobre la Nueva España* no es un libro mexicano, "es la obra

(21) Para nuestra afirmación de haberse publicado en 1916, nos basamos en que, en el libro *El crimen de Woodrow Wilson*, que es de 1917, se dan como publicados *El mito de Monroe*, *Humboldt en América*, *Hernán Cortés y la epopeya del Anáhuac* y *Francisco Pizarro y el tesoro de Atahualpa*. RUBIO MASE, Ignacio: Ob. cit. da como edición Madrid, 1919. QUIRARTE, Martín: Ob. cit. da la de Madrid, 1921. Y AGUAYO SPENCER, Rafael: Carlos Pereyra, México, 1948, da como fecha Madrid, 1931. Nosotros manejamos una reedición de Ediciones El Búho, Buenos Aires, 1959.

fundamental de toda la América española", porque "es lo más profundo que se ha escrito sobre la colonización española".

Por lo mismo, la intención de Pereyra —que se ve clara en las últimas páginas, después de sus observaciones de tipo social acerca de las que había hecho Humboldt— reside en la necesidad de que se conozca la obra humboldtiana, sobre todo en nuestro mundo hispanoamericano <sup>22</sup>.

Otra obra dada a las prensas entonces fue la titulada *Hernán Cortés y la epopeya del Anáhuac* —estudio que se difundirá en su edición definitiva y ampliada 25 años después— y que es una de las biografías más documentadas que se han escrito sobre el más célebre de los conquistadores americanos.

Apareció por primera vez en 1916, también como publicación de la Biblioteca de la Juventud Hispanoamericana de la Editorial que dirigía Blanco Fombona.

Pereyra lo tenía escrito, prácticamente, desde mucho antes de llegar a España, pues aquella obra titulada *Lecturas históricas mexicanas. La conquista del Anáhuac*, contiene buena proporción de las dos terceras partes del *Hernán Cortés*.

Claro que, ahora, Pereyra maneja de otro modo las fuentes y, más que nada, expone con mayor altura de criterio.

En todo caso, la figura de Cortés ocupa el plano que merece y alcanza en todos los hechos su verdadera categoría de fundador de la nacionalidad. Pero don Carlos lo estudia en todas sus facetas, aún en las de viajero y geógrafo. Tanto, que hasta llega a hablar con las mismas palabras que forman el título de uno de sus futuros libros, del acometimiento de "la conquista de las rutas oceánicas" <sup>23</sup>.

Finalmente, en el año citado apareció el *Francisco Pizarro y el tesoro de Atahualpa*, en la misma Biblioteca y Editorial.

Es un libro que une al encanto de una narración plena de sugerencias, el planteamiento crítico de cuestiones como la influencia y la repercusión que, en la Europa Occidental del siglo XVI, iban a tener las riquezas logradas en América <sup>24</sup>.

\* \* \*

Con estas primeras ediciones, Pereyra tenía ya decidido su futuro. Había encontrado su ciudad y, desde su residencia en la calle de Lista, primero, por más de un cuarto de siglo Madrid sería su centro de estudios, de amistades literarias, etc.

Uno de sus libros más importantes, en nuestro concepto, va a salir en 1917. Nos referimos al *Bolívar y Washington. Un paralelo imposible* que aparecerá como número XXVII de la Biblioteca Andrés Bello de la Editorial América.

(22) Para la determinación de la fecha de edición de este libro, nos basamos en nuestra aclaración de la nota (21) y en que, ya en junio de 1917, había un comentario sobre el Humboldt en la *Revista Chilena*, según DOTOR, Angel: Ob. cit. pág. 53. Este autor lo da como de 1917. Además, había aparecido antes que el Bolívar y Washington y El general Sucre, que son de 1917. RUBIO MASE, Ignacio: Ob. cit. pone por pie de imprenta Madrid, 1919. AGUAYO SPENCER, Rafael: Ob. cit. escribe Madrid, s/f. Y QUIRARTE, Martín: Ob. cit. no la cita en su bibliografía.

(23) RUBIO MASE, Ignacio: Ob. cit. coincide con nosotros en la fecha de edición, pues da Madrid, 1916. AGUAYO SPENCER, Rafael: Ob. cit. dice Madrid, s/f. DOTOR, Angel: Ob. cit. escribe que es del año 1921. Y QUIRARTE, Martín: Ob. cit. cita una edición Aguilar y otra de Espasa Calpe, 1941.

(24) RUBIO MASE, Ignacio: Ob. cit. pone Madrid, 1917. DOTOR, Angel: Ob. cit. coloca al libro como editado en 1919. AGUAYO SPENCER, Rafael: Ob. cit. escribe que el pie de edición es Madrid, s/f. Y QUIRARTE, Martín: Ob. cit. escribe, solamente, Madrid.

Aclaremos que Pereyra, según reza la primera página de la obra, la tenía terminada un tiempo antes, pues allí, tras su nombre, se asienta *Lansana, 1915*.

Ahora bien; dijimos que es uno de sus trabajos más importantes porque en él, con una agudeza y un sentido críticos muy superiores a su época, el autor, poniéndose por encima de hechos, figuras e historiadores, analiza, describe y juzga, con un punto de vista que no dudamos en calificar de aristocrático en el mejor sentido de la palabra, todos los fenómenos políticos que hacen al nacimiento de las repúblicas hispanoamericanas.

Esta es, por ello, una obra que no pierde valor y que, si ha envejecido, como todas, no deja de entusiasmar, por la cantidad de reflexiones que contiene, por los atisbos geniales de política internacional que diseña y por la seguridad de su dialéctica.

Destaquemos, finalmente, que en el *Bolívar y Washington*, Pereyra demuestra simpatía por la metodología del materialismo histórico y, más aún, por el fundador de esa escuela, Carlos Marx, a quien compara y cita entre los que llama "grandes activos" de la Historia: César, Hernán Cortés, Humboldt; aquellos que han puesto "resortes nuevos en la voluntad gastada de los pueblos, revelándoles verdades ocultas".

Ya volveremos sobre esto <sup>25</sup>.

\* \* \*

Otro hecho de la vida intelectual de Pereyra que juzgamos digno destacar fueron sus conferencias en El Ateneo de Madrid.

En efecto; decidido como estaba a trabajar y a proseguir en sus investigaciones, ha hallado en ese centro y en varias de las personalidades que lo frecuentan, sus amigos, sus escuchas y, a veces, sus contradictores. El es, por otra parte, una figura que rápidamente se dará a conocer por sus ideas propias sobre muchas cosas del pasado común. Por lo tanto, no nos puede extrañar que, a partir de 1917, ocupe la cátedra de ese lugar tan prestigioso, comenzando por exponer sus juicios acerca de la diplomacia norteamericana en relación con los países que habían formado parte del Imperio español.

Sus intervenciones fueron muy bien recibidas por la crítica, de manera tal que Pereyra comenzó a encontrar cada vez un mayor eco y una más amplia acogida.

Tenía entonces una única preocupación, según le diría a un joven escritor español que lo visitara: documentarse para colocar bajo la luz del sol la gran obra de España en el Continente americano <sup>26</sup>.

Y a fe que lo estaba haciendo.

Pero, a su mente despierta, le interesan muchas cosas. Por eso, los títulos de las obras que irá publicando lo mostrarán como un escritor que se mueve con comodidad en la historia de hechos pasados, en los planteamientos de cuestiones del presente y, por qué no, que intenta avanzar sobre el futuro.

(25) Nosotros manejamos la primera edición. En la pág. 171 de ella, escribió Pereyra: "...como ya he dicho en *El mito de Monroe...*", lo que no deja dudas sobre anteriores deducciones nuestras acerca de la fecha de ambas ediciones.  
Con nosotros está de acuerdo RUBIO MASE, Ignacio: Ob. cit. En cambio, QUIRARTE, Martín: Ob. cit. y DOTOR, Angel: Ob. cit. ponen Madrid, 1916. Finalmente, ACUAYO SPENCER, Rafael: Ob. cit. escribe Madrid, s/f.

(26) DOTOR, Angel: Ob. cit. Pág. 100.

Aparecerán, así, obras como *El crimen de Woodrow Wilson*, que publicará la Editorial América y sobre el cual lo primero que cabe decir es que su autor lo tenía escrito, en su casi totalidad, desde 1915 y que, en ese mismo año, el ensayo que da nombre a la obra había aparecido en la revista madrileña *Nuestro Tiempo*.

Propiamente hablando, no es un libro de historia, porque está integrado por comentarios acerca de la política internacional que, entre 1912 y 1917, signaron los Estados Unidos en la América del Caribe.

Su pretensión, enunciada por el autor, es la de presentar al típico político norteamericano, haciendo que su figura salga de entre las de Taft, Roosevelt, Mac Kinley y Wilson.

Aparte de ello, Pereyra intenta sacudir la atención hispanoamericana sobre el verdadero sentido imperialista de esa política, ya que descubre que hay un triste olvido de la solidaridad entre las naciones no sajonas de nuestro mundo.

Escribe con una mordacidad tremenda y, también, con un gran dolor, sobre todo cuando trata, en la larga primera parte de la obra, los asuntos de México.

Como capítulos magníficos, plenos de una santa indignación, se destacan aquellos enmarcados por la intervención norteamericana de Wilson.

Pero no sabemos si podríamos suscribir igualmente todo lo relativo a la política interna mexicana, porque nuestro autor, aparte de haber estado dentro de ella, escribía su interpretación a los tres o cuatro años de haberse producido la Revolución.

De cualquier forma, Pereyra creyó con absoluta sinceridad que había en desarrollo una conspiración plutocrática contra los países de América hispana. Y él se proponía desbaratarla <sup>27</sup>.

Como comprobación de lo que decíamos antes en cuanto a los variados intereses que atraían entonces la atención de Pereyra, en el mismo año 1917 aparecieron otros libros suyos dedicados a diferentes cuestiones.

Uno de ellos fue *El General Sucre*, que ocupó el número IV en la Biblioteca de la Juventud Hispano Americana de la Editorial América.

En esta obra, el autor sigue biográficamente a su personaje. Utiliza, para ello, un estilo expositivo directo, evitando, de ese modo, la discusión de numerosos problemas. De cualquier forma, ello no impide que, cada tanto, aparezcan sus reflexiones, en general muy atinadas, sobre la época de las grandes luchas por la independencia.

Vaya como dato de interés el de que es uno de los pocos libros en que don Carlos ha puesto citas a pie de página. En su mayor parte, serán de obras publicadas por la Editorial América y, entre ellas, se puede nombrar a las de Arcaya, Heredia, Urquinaona, Urdaneta, Sevilla, O'Leary, Páez, García Camba, Lastarria, etc. <sup>28</sup>.

El último estudio publicado en 1917 es el titulado *Tejas. La primera desmembración de Méjico* (tomo VI de la Biblioteca de la Juventud Hispano Americana de la Editorial América).

Dice de él Pereyra que no encierra sólo un interés de vulgarización, sino que, mediante ese trabajo, se propone lograr que la juventud estudiosa de este

(27) Como poseemos un ejemplar de la primera edición, en cuya portada se asienta Madrid, 1917 como pie de imprenta, no comprendemos por qué RUBIO MASE, Ignacio: Ob. cit. pone Madrid, s. a. QUIRARTE, Martín: Ob. cit. y DOTOR, Angel: Ob. cit. opinan igual que nosotros y escriben Madrid, 1917.  
(28) Con la fecha de impresión que le asignamos no están de acuerdo RUBIO MASE, Ignacio: Ob. cit. que da Madrid, 1919 y DOTOR, Angel: Ob. cit. quien pone al libro entre los aparecidos en 1918-1919 (más probablemente sea de este último año).

continente "conozca en toda su verdad objetiva la lucha de razas que se libra en América".

Con este fin, el libro apunta, por la vía negativa, a un propósito docente innegable: que no se lea o no se crea la propaganda imperialista.

Pero, en todo caso, se hacía necesario exponer criteriosamente los hechos.

Ahora bien; el autor, dice el propio Pereyra, no va a acomodar las cosas, es decir, "no les finge alas de ángeles a los habitantes de los países mutilados. Todo lo contrario: cree que la verdad, para que sea fecunda, tiene que presentarse íntegra y no conocer fronteras". Agrega que faltaría a un punto esencial de su programa "si callara lo que hizo la corrupción mejicana para facilitar los avances de la raza expansiva". Y se pregunta: ¿servirá esto de lección? Es imposible decirlo, anota, "en todo caso, la verdad es una cosa buena y debe investigarse y debe comprarse, aunque resulte perjudicial para los que tienen fines ajenos a ella misma".

La obra contiene, desde los antecedentes de la cuestión de Texas: compras de la Luisiana y la Florida, cesiones de colonización, expansionismo y migraciones, pasando por la declaración de la independencia y la guerra, hasta la anexión y sus consecuencias inmediatas. Utiliza parte de lo que había escrito en su polémica con Bulnes sobre la cuestión texana. Y aprovecha bien documentos norteamericanos.

A fe que tras el estudio, Pereyra podía descansar satisfecho. Porque, sin duda, el propósito inicial estaba cumplido cabalmente y su directo estilo causaba un impacto en quien lo leía, de modo tal que era fácil ver pronto a alguien más enrolado, por convencimiento, en la causa de la defensa hispanoamericana <sup>29</sup>.

Sin que hayamos visto un trabajo de tema no americanista, titulado *La disolución de Rusia*, que se habría publicado en Madrid, 1917, según Rubio Mañé, digamos que al año siguiente dos obras más salieron de la pluma de este escritor. La primera lleva por título *El pensamiento político de Alberdi* y fue publicada bajo el número XLVIII de la Biblioteca Andrés Bello de la Editorial América.

Es un ensayo acerca de los dos aspectos más importantes del prócer argentino: el de legislador y el de polemista.

Las cuatro quintas partes de la obra forman un estudio de los problemas constitucionales de nuestro país, haciendo ver el origen de sus deficiencias de estructura y de sus cuestiones políticas desde la época española y, más propiamente hablando, virreinal.

Después de eso, analiza la posición de la ciudad puerto —Buenos Aires— y las controversias surgidas por la designación de la capital del país.

Para ese estudio, Pereyra se coloca en una tesitura de orden práctico y, por lo tanto, juzga con severidad a los hombres y a las ideas que llevaron, durante años, la confusión a estas cuestiones.

En la parte final la crítica se extrema, por seguir al polemista Alberdi en sus diatribas ante individuos, como Sarmiento y Mitre, y ante hechos como la guerra del Paraguay.

El autor no justifica siempre a su personaje y lo critica, sobre todo al final del libro.

(29) RUBIO MANE, Ignacio: Ob. cit. está en lo mismo que nosotros, pues escribe que el pie de imprenta de esta obra es Madrid, 1917. DOTOR, Angel: Ob. cit. da como del período 1918-1919. Y QUIRARTE, Martín: Ob. cit. pone, simplemente, Madrid.

De cualquier modo, su estudio implica un esfuerzo de comprensión notable; más todavía, de aproximación a nuestros problemas con un hondo sentido americanista. Utiliza bibliografía que hoy puede considerarse, sin mucho trámite, superada en varios aspectos, pero que no había producido, hasta entonces, ningún ensayo de sistematización como el suyo <sup>30</sup>.

Que Pereyra era un hombre preocupado y atento al desarrollo de su mundo contemporáneo, ya lo hemos afirmado. Y, como prueba, traemos a colación un pequeño estudio suyo, que vio la luz en marzo de 1918, titulado *La discusión. Cuestiones públicas europeas y americanas*, constituido por cuatro capítulos relativos al conflicto angloalemán, a la política iberoamericana, los lineamientos de la paz y la autonomía económica de España.

Se ve, por él, que don Carlos era un frecuentador de los escritores políticos de Europa, de preferencia franceses, ingleses y alemanes y que, desde ese mirador tan especial que era el Madrid de aquellos años, se situaba, con información periodística al día, con notas y comentarios de actualidad, para observar, independientemente, las variaciones de la situación política internacional.

Indudablemente, sus simpatías, con los antecedentes que conocemos, no podían expresarse por el bando de los pueblos sajones y de los aliados, pero no vaya a creerse que este estudio es un vulgar alegato en favor de los imperios centrales. Si bien hay críticas a Inglaterra, a sus intereses, a su política así como también al presidente Wilson —cosa esta que no puede admirarnos conociendo su anterior libro— lo más importante son sus apreciaciones y juicios acerca del verdadero sentido que debe tener una política nacional de engrandecimiento y progreso, con independencia y altura de miras y con definiciones en el concierto mundial.

Destaquemos que ocupa lugar importante, en el segundo de esos estudios, un comentario suyo sobre la situación internacional de la Argentina ante la guerra, la posición beligerante norteamericana y las fuerzas políticas de la parte sur de este continente <sup>31</sup>.

\* \* \*

Un libro que ya se había anunciado entre los que próximamente publicaría Pereyra, va a ver la luz en el siguiente año, 1919. Nos referimos a *La Constitución de los Estados Unidos como instrumento de dominación plutocrática* y que se ubicó como tomo XXIII de la Biblioteca de Ciencias Políticas y Sociales de la Editorial América.

Esta obra, según reza el último capítulo, fue escrita por Pereyra entre dos fechas y lugares: Nueva York, 1912 y Lausana, 1915. O sea que, prácticamente, la tenía terminada también cuando llegó a España.

Es trabajo a la vez de análisis y descripción, que muestra cómo se fue formando el grupo social más poderoso de las Trece Colonias hasta alcanzar a tomar el gobierno y lograr darle forma en su Carta Magna.

Pereyra ha consultado una nutrida bibliografía estadounidense y a base de ella, trata de probar al lector, sobre todo en las dos primeras partes de la obra —ya

(30) RUBIO MANE, Ignacio: Ob. cit. da, también, como de Madrid, 1918. Y lo mismo hace DOTOR, Angel: Ob. cit. Pero AGUAYO SPENCER, Rafael: Ob. cit. pone Madrid, s/f. Y QUIRARTE, Martín: Ob. cit., ed. sucesiva, Madrid.

(31) PEREYRA, Carlos: Obras Completas, Tomo II, Pág. 1351 y ss. México, 1960. En el año de edición coinciden Manuel González Ramírez, prologuista de ese trabajo y RUBIO MANE, Ignacio: Ob. cit.

que la tercera está muy bien titulada: *Notas directas de una campaña electoral, 1912*— que el sistema político de aquella nación responde perfectamente a los intereses ciertamente poderosos y cerrados de la plutocracia encarnada en diversas formas. Y de qué manera los hombres de ese grupo quisieron y pudieron alcanzar éxito ante sus conciudadanos.

Para esto último, Pereyra acudirá tanto a descripciones personales como a narraciones de prácticas de campañas políticas y electorales, estudio de las características de los partidos y sus sostenedores y *managers*, empresas y trust favorecedores, etc., etc.

Esta vez, no aclaró don Carlos cuál fue su intención al escribir la obra. Pero resulta innecesaria, pues su crítica al sistema democrático implantado en Estados Unidos tal como él creyó verlo, no era sino una advertencia y un alerta dados a todos los que, en su lengua, creían en lo que él, más tarde, llamaría "El fetiche constitucional norteamericano"<sup>32</sup>.

\* \* \*

Un libro que iba a tener gran repercusión en estas latitudes, saldría de la pluma del autor mexicano también en el año citado. Se trata del *Francisco Solano López y la guerra del Paraguay*.

El escritor hace en él un estudio detallado de los antecedentes geográficos, históricos y políticos de esa contienda. Apoyándose en bibliografía clásica —que hoy podemos estimar ampliada y enriquecida en cuanto a producción y, en menor medida, a calidad— fija, como hito fundamental para interpretar la cuestión, los criterios con que debe entenderse esa sangrienta guerra. Para ello, aprecia atinadamente la significación de los diferentes gobiernos que hubo en el Paraguay y la función que cumplía este país —geopolíticamente hablando— hasta el momento previo a la lucha.

Por lo tanto, poco es de admirar que enjuicie severamente la causa del Brasil y de la Argentina, posición que hace depender de Mitre en lo que considera uno de sus errores más gruesos en política.

Junto a páginas que pueden ser discutibles, hay otras de supremo dramatismo, como aquellas del capítulo titulado *Cerro Corá*, las cuales, con el nombre de *La tragedia del Aquidaban* seguramente ya había publicado antes de integrarlas en el libro<sup>33</sup>.

Otro trabajo que está relacionado con la vida internacional rioplatense, va a publicar Pereyra en ese año. Se llamó *Rosas y Thiers. La diplomacia europea en el Río de la Plata 1838-1850*. Fue escrito en el otoño de 1917 aunque parte de su sabroso *Apéndice* lo compuso al año siguiente.

Su intención no era la rehabilitación de Rosas ni, mucho menos, escribir un libro completo sobre el caudillo argentino. Pretendía, eso sí, restablecer la verdad en el asunto que trataba y, sobre todo, como no estaba satisfecho con la bibliografía corriente indicaba —otra vez— la necesidad y la conveniencia de iniciar trabajos que rectificaran algún error muy difundido.

(32) RUBIO MANE, Ignacio: Ob. cit. da 1919 como año de edición, igualmente. Pero cita la obra con este título: *La Constitución de los Estados Unidos como instrumento plutocrático*. DOTOR, Angel: Ob. cit. escribe, también, el mismo año. QUIRARTE, Martín: Ob. cit. pone como cita: *La Constitución de los Estados Unidos*. Madrid.

(33) RUBIO MANE, Ignacio: Ob. cit., QUIRARTE, Martín: Ob. cit. y DOTOR, Angel: Ob. cit. también afirman que este libro es de 1919.

¿Qué muestra este libro de don Carlos? Algo de lo que acepta gran parte de la historiografía nacional especializada: "que Rozas, en su conflicto con el extranjero, se mostró superior a este y a los unitarios, así en talento como en serenidad y rectitud patriótica". Y, del análisis pereyriano, surgen esas notas, que contrastan, por supuesto, con las que aplica al político francés, individuo dispuesto —por táctica— a defender las más contradictorias ideas con tal de verse triunfador siempre.

Pereyra traza, en esta obra, uno de los cuadros más luminosos en cuanto a las ideas y los personajes que juegan en la diplomacia y la guerra y sabe colocarse a la altura de los graves hechos que estudia, juzgando con severidad e ironizando con maestría<sup>34</sup>.

\* \* \*

Del año 1920 son dos libros de Pereyra: *La Tercera Internacional*, publicado por la Biblioteca Nueva de don Carlos Ruiz del Castillo, obra de la que hemos visto algunos comentarios pero que no pudimos manejar, y *Descubrimiento y exploración del Nuevo Mundo*.

Esta última constituye el tomo primero de la *Historia de América Española*, pero algunos autores la mencionan aparte.

Pereyra la cita en su primera nota de *La obra de España en América* como publicada por Calleja, Madrid, 1920, pero no dice que fuera el volumen inicial de aquella obra mayor. ¿Habrá sido editada, también por separado?<sup>35</sup>

#### Una trilogía esclarecedora

Naturalmente, no podemos seguir en el comentario de toda la producción de Pereyra. Tal vez hayan sido esos años —quince, desde su llegada a Madrid— los más abundantes en estudios, investigaciones y ediciones calificadas. Y esa década del 20 la de trabajos sensacionales.

Pero, del conjunto, queremos entresacar, ahora, tres libros de significación. Son *La obra de España en América*, *La conquista de las rutas oceánicas* y *Las huellas de los conquistadores*, que se publicaron en Madrid, respectivamente, en 1920, 1923 y 1929.

De la citada en primer término, hemos visto dos ediciones, organizadas de manera distinta. En la más antigua, se comienza por una descripción de las colonias sajonas bajo estos acápites: caracteres de ese sistema colonial; el engrandecimiento territorial y político de los Estados Unidos; el contraste entre la colonización anglosajona y la de España; la esclavitud negra y la esclavitud blanca en las colonias inglesas; las libertades políticas. En la edición más moderna, se entra de lleno en el estudio de la expansión geográfica española, asunto que constituye la segunda parte del libro en su primera aparición.

Se ve que Pereyra quiso dar una mejor estructura a la obra en las nuevas ediciones, pues habrá de aparecer dividida en partes y así tenemos, después de la indicada sobre viajes, etc., una segunda, relativa a fundaciones, productos traídos a América y explotados aquí; la tercera, en donde se habla de los elementos civili-

(34) Todos los autores citados, a saber, RUBIO MANE, Ignacio, DOTOR, Angel y QUIRARTE, Martín fijan del mismo modo que nosotros al año 1919 como el de impresión de esta obra.

(35) La fecha 1920 la da AGUAYO SPENCER, Rafael: Ob. cit. RUBIO MANE, Ignacio: Ob. cit. la deja como edición de Madrid, s/a.

zadores y la última, en que se hace una revisión de afirmaciones polémicas y una comparación de métodos colonizadores, ambientes geográficos y resultados sociales.

Aclarado esto, interesa más conocer, cualquiera sea la edición que se maneje de *La obra de España en América*, cómo se explica Pereyra o, mejor, cómo trata todos esos temas.

Digamos que, inicialmente, siguiendo un simple método expositivo, haciendo narraciones sucintas, allegando datos.

Pero, en seguida, nuestro autor se coloca en posición de crítico. Esto es, de analizador de cuestiones. ¿Cuáles?

Sin pretender enumerarlas a todas, he aquí algunas de las principales:

- la obligada tendencia dispersiva de la colonización española, impuesta por el medio geográfico;
- a fines del siglo XVI, las distintas áreas pobladas vivían unas a espaldas de las otras, de manera tal que quedaba cerrado el espíritu de las colonias al sentido de la unidad;
- la agricultura y la ganadería fueron más permanentes fuentes de trabajo y riqueza que las explotaciones metalíferas;
- hubo numerosos esfuerzos individuales que dieron por resultado un conjunto de civilizaciones realmente notable en varios órdenes;
- pero el sistema imperial español tenía su talón de Aquiles en la organización comercial. Aquí Pereyra destaca la significación del monopolio ejercido por una oligarquía antinacional;
- en cambio, por su parte, "los ingleses tuvieron la ventaja de dirigir su colonización hacia un territorio que por el clima y los productos era semejante en todo al de la Madre Patria y que representaba una ventaja de posibilidades ilimitadas de expansión";
- de allí surgió un "enorme contraste entre la humildad de los orígenes y el voluminoso resultado, como es notable el contraste que presentó el soberbio arranque inicial de los colonizadores meridionales con el estancamiento posterior. En un caso, tenemos el mejor ejemplo de la economía del esfuerzo; y en el otro, el de una disipación máxima de energía; impulsos generosos, desinterés guerrero o, si se quiere, apetitos también, pero de proporciones colosales, que al satisfacerse agotaban la aptitud misma a que estaba confiada la expansión colonizadora de los pueblos románicos".

Junto a estas observaciones sobre los resultados primeros de la penetración europea en América, habrá otras relativas, por ejemplo, a la significación que tuvo el hecho de la expulsión de los jesuitas como causa eficiente de la futura separación de las provincias españolas de ultramar; a que, en el otro territorio colonizado, Inglaterra perdería sus posesiones "por la formación de intereses inconciliables" entre estas y su dominación; a que la falta de estabilidad económica ha sido la causa general de los trastornos hispanoamericanos de la etapa independiente.

Con todo, y aun reconociendo la importancia que tienen estos planteamientos, creemos que el mérito mayor de este libro de Pereyra consiste en haber destacado que la penetración española no se agotó en una empresa guerrera, sino que con ella vino la civilización en manos de lingüistas, etnógrafos, historiadores, me-

talúrgicos, naturalistas, impresores, constructores, muchos de cuyos nombres son rescatados por el autor.

Estimamos que, cuando Pereyra escribe *La obra de España en América*, es decir, hacia 1920, ya debe haber abandonado su colaboración constante con don Rufino Blanco Fombona. Y esto porque pensaba de manera bien distinta y opuesta a su amigo y favorecedor en cuanto al conquistador español y al sentido de la acción peninsular en América. Más todavía; hay algunas páginas en este libro que parecen el reverso de lo que escribió el autor venezolano. Como, por ejemplo, aquellas relativas al "Prejuicio antiminero" en las que, a la misma pregunta sobre la sed de oro del conquistador, Pereyra contestaba todo lo contrario a lo afirmado, en generalizaciones más que rápidas, por Blanco Fombona.

Ahora bien; ya ha demostrado Pereyra que, una vez convencido de algo, considera necesario y urgente exponerlo, sobre todo cuando se trata de rectificar nociones simples, apresuradas y rotundas. Y, por ello, habrá tono de polémica en sus escritos, sin que eso signifique dejar de enseñar historia al escribirla, pues el estilo sigue siendo diáfano y la construcción inteligente.

¿Esto implica algo con respecto al hispanismo que, como posición, se le endilga ya a Pereyra?

Hay páginas en *La obra de España en América* en que el autor ataca el inicial sistema de explotación impuesto por la encomienda antillana y lo convierte en causa de despoblación indígena. Dice así:

"Para el hombre de arraigo, los buscadores de oro eran aventureros que nada tenían y nada exponían. Y más se irritaba el estanciero rico al ver que los mayordomos de caballeros y privados de la corte explotaban las minas de sus amos. Unos y otros llevaban muy de prisa la despoblación, matando de fatigas y de hambre a los indios, ahuyentándolos y obligándolos al suicidio. Más aún: cuando faltaban indios para las minas dadas a los caballeros de la corte, se quitaban a los encomenderos asentados".

Y, como si lo dicho fuera poco, hace en seguida una cita de Oviedo quien, hablando de las encomiendas de ausentes es más terminante aún, porque concluye:

"En manera que los repartimientos de los pobladores se iban disminuyendo, e los de los caballeros acrescentando; y de los unos y de los otros, todos morían con el mal tratamiento: que fue potissima causa para grand parte de su total destrucción e acabamiento".

Esto, a nuestro entender, significa que su hispanismo no es cerrado, sino crítico, y que el inteligente escritor que era Pereyra no iba a intentar la burda empresa de reemplazar una leyenda negra por otra rosada ni a comulgar con ruedas de molino <sup>36</sup>.

(36) RUBIO MASE, Ignacio: Ob. cit. dice que este libro es de Madrid, 1920. AGUAYO SPENCER, Rafael: Ob. cit. da como fechas Madrid, 1930 y 1942. QUIRARTE, Martín: Ob. cit. escribe Madrid. Sin fecha. GONZALEZ RAMIREZ, Manuel se equivoca cuando dice, en pág. 715 del Tomo II de las Obras Completas de Pereyra, al prologar *La obra de España en América*: "Este volumen fue publicado en 1930". Este asunto puede ser importante ya que *La obra de España en América* no corona la trilogía, sino que es su principio. Por lo tanto, hay que tomar con cuidado afirmaciones del autor citado como esta: "En la obra de España en América el autor subrayó su tendencia hispanista". En realidad, comenzaba a depuntar su tendencia hispanista, pues hasta aquí nada había escrito en ese sentido, sobre todo como estudio de conjunto y comparativo. Esto es interesante, porque, por ejemplo, debilita afirmaciones como esta de González Ramírez: "Fue de rigor que el siglo XVI español siguiera constituyendo paradigma de la nación que exaltaba...".

Las dos ediciones que manejamos son, respectivamente, de Editorial Difusión Chilena, Santiago, 1944 y la citada del Tomo II de las Obras Completas, pág. 719 y ss.

Con *La conquista de las rutas oceánicas* nos sucederá algo parecido en cuanto a conocer, por lo menos, dos ediciones de la obra. Pero, aquí, no se trata —como en el caso anterior— de modificaciones en su estructura, sino de una adición final que va agregada en la más reciente.

Es este un libro dedicado, exclusivamente, a la expansión ultramarina y a la significación revolucionaria de los viajes de portugueses y españoles. Pereyra, con buen acopio de datos, con la ayuda de la cartografía, con fuentes lusitanas y de clásicos de estos estudios pertenecientes a la nación en que vivía, reconstruye un panorama completo de los intentos cumplidos en los siglos XV y XVI por los navegantes de ambos países, en su afán de alcanzar a conocer integralmente el planeta.

El libro revela a un investigador de gran erudición que alcanzó a vislumbrar problemas críticos que más tarde han sido resueltos. La exposición luminosa y de cálido estilo, presenta cuadros magníficos de empresas de arrojo y aventura, muestra dos pueblos lanzados hacia los mares desconocidos, se mete en los personajes descubriendo su humanidad y tiene la sugestión de una leyenda.

Pereyra estaba superando, con estudio, sus prejuicios antiespañoles de la primera época. Pero conservaba, como herencia del positivismo, una fuerte preparación en matemáticas, geografía, sociología, cosmografía, etc. Y ahora, sin polemizar con nadie —y, también, sin patetismos inútiles— rescataba a los elencos gubernativos de España y Portugal, a sus científicos y técnicos, a sus avezados marinos, haciendo ver cómo todos comprendieron el extraordinario momento histórico que vivían <sup>37</sup>.

Tanto *La obra de España en América* como *La conquista de las rutas oceánicas* fueron dos libros traducidos rápidamente al francés por el profesor Robert Ricard quien supo apreciar sus méritos.

Este dato, así como el de las sucesivas ediciones que comenzaban a tener las demás obras del historiador mexicano, muestra de qué manera se acrecentaba su fama.

Es también probable que, superadas las primeras dificultades, en estos primeros años de la década del 20, haya comenzado a mejorar la situación económica del matrimonio Pereyra. Fue entonces cuando abandonaron su casa de la calle Lista y se instalaron en el chalet edificado con su esfuerzo llamado Villa de las Acacias, en la Ciudad Jardín, al noroeste de Madrid.

Era una casa apartada del tráfico ciudadano, que brindaba la tranquilidad necesaria para el estudio y la meditación. Pereyra —se nos cuenta— tenía un despacho con ventanas hacia el jardín, y allí trabajaba todas las mañanas en medio de libros, revistas, periódicos, infolios. Luego, por las tardes, invariablemente, marchaba hacia la Biblioteca del Ateneo <sup>38</sup>.

137) RUBIO MASE, Ignacio. Ob. cit. dice que el pie de imprenta de este libro es Madrid s/a. QUIRANTE, Martín. Ob. cit. escribe Edición Aguilar. Madrid y Edición Biblioteca Histórica. AGUAYO SPENCER, Rafael. Ob. cit. pone Madrid, 1923, 29 y 40. Buenos Aires, s. f. GONZALEZ RAMIREZ, Manuel en el Prólogo a *La conquista de las rutas oceánicas* incluida en el Tomo II de las *Obras Completas* de Pereyra, pág. 236, dice que este libro fue editado en 1920. Creemos que no está acertado, aparte de que el texto que se reproduce en estas *Obras Completas* termina, antes de las *Dos Notas Finales*, con un Madrid, 1922 que casi no deja lugar a dudas. De esta obra se hizo una hermosa reedición en Buenos Aires, por la Biblioteca Histórica Iberoamericana, editada por la Casa Virtus de nuestra ciudad capital. Aparte de la incluida en las *Obras Completas*, hemos trabajado con una edición de la Casa Aguilar, Madrid, 1929.

138) DOTOR, Ansel. Ob. cit. Pág. 102

En este centro tanto como en la Biblioteca Nacional o en las consultas que hacía de los fondos del Archivo General de Indias de Sevilla, encontró Pereyra los materiales que servían de base a sus estudios. Sabía utilizar, de preferencia, las narraciones de los cronistas clásicos de la conquista, pero buscando en ellos el dato vivo que revelase la historia íntima de los seres lanzados a esa empresa.

Esto se ve, con claridad, en su libro *Las huellas de los conquistadores* el cual, a nuestro juicio, es el intento más serio dedicado a mostrar la verdadera complejidad de la acción colonizadora.

Para ello, Pereyra se fija en los hombres, pues no pretendía mostrar "una conquista hecha por ángeles".

Y, de esos hombres, había apuntado en *La obra de España en América*, que comunmente se los había caracterizado con los siguientes rasgos: 1) orgullo; 2) ignorancia; 3) desprecio al trabajo; 4) codicia; 5) fanatismo y 6) crueldad.

A un crítico demoleedor como era Pereyra, no iba a resultarle difícil presentar en su verdadera medida al hombre español americano del siglo XVI. Por eso en su relato, con llamativa frecuencia, exhibe a un individuo en alpagatas, con miedo y montado en una mula la más de las veces. Otras, a un hombre que podía ser analfabeto. Porque, dirá él, hay que mostrarlo tal cual fue. Pero esto, en cualquier caso, es distinto de presentarlo como un incapaz o un incivilizado total, porque de ninguna manera es necesario convertirlo ni en un cruzado idealista —como también sabía que algunos querían hacer— ni como una bestia de instinto destructor.

Claro que en este aspecto tan humano se registran gradaciones y que, naturalmente, Pereyra sabe que hubo un alma múltiple en los conquistadores. Por eso no olvidará que entre los móviles de su actitud estará también el interés y que es preciso anotarlos si se pretende dar con exactitud la imagen de su vida.

Y entonces, el historiador procede a fichar, minuciosamente, una cantidad de hechos y datos, para luego poder sacar inferencias.

El ha dicho: "cuando los hechos nos ocupan, huelgan todas las disquisiciones, pues siendo tan rica la materia y tantos los puntos de vista, no se puede volver a las posiciones unilaterales de la polémica".

En su concepto, el conquistador "es un hombre de España formado en América", a lo que agrega que "todas las expediciones, felices o desgraciadas, bien o mal conducidas, eran americanas por la mayoría de los elementos materiales, por la experiencia de sus jefes y soldados, por la cooperación de sus indios y por las bases territoriales en que apoyaban su acción", porque "se exploraba y se peleaba únicamente para poblar".

Y este poblamiento iba acompañado por el desempeño de los oficios, por la roturación de la tierra, ya que "el buen conquistador es buen ganadero". Y así el conquistador será un hombre transformado, que encontrará placer en su obra y en su nueva tierra, en sus hijos americanos y en lo que él ha fundado, independientemente y como manifestación de su vitalidad y espíritu creador.

La acción de esos personajes debe verse con criterio científico, histórico y político, por aquello que establecieron con carácter duradero y estable, sin que, en consecuencia, se trate de "brutos lanzados a destruir civilizaciones autóctonas" pero, también, sin que haya que llegar a su canonización.

Por ello, concluía el autor en que "lo primero que aparece al juzgar la colonización americana de los pueblos ibéricos es el extraordinario valor humano que encierra el hecho".

En el sistema colonial —dirá Pereyra— "hay que ver dos cosas: la parte política de abuso que contiene toda dominación, ya sea monárquica o republicana, interna o colonial, y la parte que acusa el genio especial de un pueblo en funciones de fecundidad creadora".

En resumen; en esta obra, Pereyra argumentó en favor del sistema de colonización español con hechos e interpretaciones de valor. Por ello, su aportación fue necesaria y justificada, tanto que sus razonamientos no podrán ya ser dejados de lado cuando se trate del enjuiciamiento total de aquella empresa <sup>39</sup>.

\* \* \*

El prestigio y la admiración que iban acompañando a la tarea de historiador que cumplía don Carlos, eran prácticamente universales. De todas partes surgían comentarios elogiosos acerca de sus obras. El autor Angel Dotor ha reunido una buena suma de ellos.

El hecho tiene explicación. Nuestro hombre vivía dedicado por entero a su labor intelectual. Era —como lo dijo por entonces el gran novelista mexicano Martín Luis Guzmán —el más insigne de los escritores que hablaban de historia en lengua española. Inclinado sobre su mesa de trabajo, "teja su tela con hilos de sabiduría, con hilos de laboriosidad, con hilos de arte".

Esta labor se alternaba con la de dar conferencias en distintos centros culturales de España y Portugal. Y con las colaboraciones de artículos en revistas especializadas.

En ella, Pereyra hacía obra de extensión y de difusión de sus propias investigaciones. Su palabra, surgida de la verdad del estudio, se engalanaba ante auditorios cada vez más numerosos.

Y los mismos temas que trataba nos muestran a un espíritu amplio y abierto a especulaciones diferentes.

Se nos recuerda su exposición ante la Unión Patriótica, de Madrid, en 1924, sobre el tema "Menéndez Pelayo en su aspecto de americanista", en el Ateneo de Cáceres, sobre "Los grandes fundadores extremeños" (12 de octubre de 1926), en el Ateneo de Madrid, sobre "El mito de Monroe", en 1931, etc.

De ese conjunto, son dignas de destacar las que pronunciara en Portugal, tras un viaje que hizo con su esposa.

En el Colegio Vasco de Gama, de Lisboa, habló sobre el sentido universal de la obra colonizadora de los pueblos peninsulares en América. Ante la acogida entusiasta que tuvieron sus conceptos, debió repetir la exposición en la Sociedad de Geografía.

Fue tan celebrada esa disertación, que las autoridades del Colegio nombrado decidieron perpetuarla, mediante la colocación de una lápida de mármol en la sala donde se pronunció, lápida que fue descubierta por el Embajador de España. Y,

(39) RUBIO MARE, Ignacio: Ob. cit. afirma que el pie de imprenta de este libro es Madrid, 1920. Creemos que en esto hay error. GONZÁLEZ RAMÍREZ, Manuel, en el Prólogo a Las huellas de los conquistadores incluido en el Tomo II de las obras Completas de Pereyra, pág. 427, dice, como nosotros, que es edición de 1929. AGUAYO SPENCER, Rafael: Ob. cit. escribe Madrid, 1929, 1942. Esta última fecha la da también QUIRANTE, Martín: Ob. cit. Es la del ejemplar de nuestra propiedad.

lo que es más significativo ya que prueba el extraordinario peso que tenían las opiniones del ilustre disertante, es que, en ese mismo acto, se anunció públicamente la creación de una cátedra de lengua castellana la cual, según el escritor Fidelino de Figueiredo, fue así como comenzó a enseñarse en Portugal <sup>40</sup>.

#### La Historia de la América Española

Estos años de la década segunda de nuestro siglo fueron testigos de una labor historiográfica notable por parte de Pereyra. No solamente por las obras que hemos comentado, sino porque entonces emprendió el esfuerzo más ingente que, hasta esa época, se hubiera cumplido por parte de historiador alguno respecto de la historia de América.

Nos referimos a la obra del epígrafe cuyos ocho tomos constituyen el trabajo capital de este historiador.

Sin duda, la fama de don Carlos estaba bien ganada y, por tanto, no puede extrañar que, en el país de su residencia, haya encontrado la oportunidad de poder realizar la síntesis totalizadora a que estaba llamado.

Fue la casa editorial Saturnino Calleja la que contrató con nuestro hombre la edición de esos ocho tomos de historia cuya aparición, según las fechas, es la siguiente:

Tomo I Descubrimiento y exploración del Nuevo Mundo, 1920.

Tomo II El Imperio Español, 1924.

Tomo III México, 1924.

Tomo IV Las Repúblicas del Plata, 1927.

Tomo V Los países antillanos y la América Central, 1925.

Tomo VI Colombia, Venezuela y Ecuador, 1925.

Tomo VII Perú y Bolivia, 1925.

Tomo VIII Chile, 1924.

Esta sola enumeración está probando, inicialmente, cual fue el sistema de trabajo adoptado por Pereyra. Porque, como se ve, los dos primeros tomos se refieren, de manera general, al delineamiento y construcción política del Nuevo Mundo dentro de los marcos del Imperio español. Para, en los restantes, trazar la historia de las regiones y países.

Aunque, como todo criterio metodológico, puede ser cuestionado y aún superado, no deja de contener aciertos este seguido por Pereyra. Sobre todo porque, por principio, la base geográfica de la expansión es clave para entender las posteriores diferencias regionales y locales. Y esto se comprende mejor cuando vemos que, para ese primer tomo, el autor ha recurrido a los más serios estudios producidos hasta entonces, casos de Fernández Duro, de Humboldt, de Vignaud, de Harrise, del Padre Cappa... Es decir que el historiador creyó necesario dibujar el escenario en el que luego se cumplirían los hechos de la penetración, de la formación social, de la organización política y económica. Esto mismo se observa en el tomo segundo, convertido a través de los años en un estudio clásico de la difícil posición de equilibrio del Imperio, tironeado como

(40) Cfr. DOTOR, Angel: Ob. cit. Pág. 117 y 135 y ss.

estaba por sus opuestos intereses mundiales de todo orden, frente a los cuales la posición del Nuevo Mundo no iba a servir para llevar a España, en definitiva, a una situación de potencia mundial de larga permanencia.

Aquí también, su análisis queda respaldado por las consultas de las obras de los economistas y políticos españoles del siglo XVIII, como Campomanes y Jovellanos, por la de críticos de la situación económica financiera y comercial, como Antúñez y Acevedo y Veitia Linage, por la de autores europeos como Pi- renne y Ranke, con obras esclarecedoras de la posición política de Carlos V y Felipe II, con la frecuentación de bibliografías últimas como los libros de Har- ring y Priestley, con el apoyo en estudios de tipo geopolítico, como el de Mahan.

Luego, evidentemente sin seguir un orden cronológico ni aún geográfico, sino tal vez, respondiendo con su elaboración a lo que le proporcionaban sus fuentes de consulta, van a ir apareciendo los restantes tomos (aunque con cierta irregularidad, como lo demostrarían las fechas).

En ellos, empezando por el dedicado a su país, Pereyra va a hacer entrar a las civilizaciones precolombinas. Pero les va a dar cabida, en general, como elementos coadyuvantes y componentes de los pueblos futuros, sin llegar nunca a ponerlos como determinantes de las formas culturales y políticas que habrán de seguir o constituirse. Y por esto, se distingue de muchos otros historiadores para quienes parece ser de absoluta necesidad colocar como previo a la llegada de los españoles el estudio de las civilizaciones aborígenes. Lo cual, como método y aún como acierto y verdad de estricto orden histórico es muy discutible. Aparte de que no es el mismo, en todas las latitudes, el peso que pudieron tener o alcanzar, por su desarrollo, esos pueblos.

Por eso Pereyra escribió en su tomo III:

"El conocimiento de la edad precortesiana interesa de modo muy distinto al historiador que al etnólogo, al arqueólogo o al filólogo, pues hay numerosas cuestiones relacionados con la vida de los pueblos primitivos que tienen una significación esencial para determinar los caracteres fundamentales de la sociedad mejicana... Entiende el autor que una obra en la que se pretende hacer la síntesis de la historia de Méjico, debe ante todo preocuparse por buscar en el pasado de la edad precortesiana el conjunto de las fuerzas étnicas que, ejerciendo su acción sobre el grupo conquistador y poblador europeo, lo modificaron hasta el punto de que aún la casta sin mezcla de sangre indígena se hizo americana, de un tipo perfectamente diferenciado, por la naturaleza especial de la cultura autóctona. Con el establecimiento de los españoles desaparecieron muchos rasgos de la población primitiva, pero en cambio hubo otros muchos que perduraron y llegaron a constituir parte del medio moral que con su poder envolvente hizo de la Nueva España una agrupación original y no un desprendimiento de la madre patria, por simple acción colonizadora, como la de los ingleses en Australia".

Aclarado esto, en ese tomo tercero en el que, como es natural, se mueve con comodidad y sin recurrir a un gran acopio de citas (es, junto con el último, de los que tienen menos) destaca las etapas de la conquista, de la organización de la Nueva España en todos sus aspectos, para pasar, tras los hechos de la independencia, a la parte de la nacionalidad soberana y llegar a exponer, finalmente, lo que

llama "los problemas nacionales". Estas páginas fueron de aquellas que hicieron pensar mucho a sus compatriotas, como lo refleja el comentario de Iduarte<sup>41</sup>.

En cierto modo, el esquema de trabajo continúa en los demás tomos. En el cuarto, registra con acierto a la Asunción como centro de la conquista rioplatense y, de preferencia, muestra que las tensiones de esta zona estaban determinadas por las apetencias territoriales portuguesas primero y brasileñas después.

En el quinto ocurre otro tanto, pues plantea los problemas políticos fundamentales de la zona, por ejemplo, el del Canal de Panamá y el de la influencia imperialista de los Estados Unidos.

Aquí se ve su inclinación por hacer historia política, antes que otra cosa. Factores económicos y sociales quedan subordinados, aunque sean aludidos, a ese planteamiento general.

En el tomo sexto, después de exponer los principales hechos de la historia colonial, destaca el momento bolivariano y, luego, los aspectos principales de la evolución particular de las tres Repúblicas, formulando reflexiones en torno a los problemas principales de su organización.

En el séptimo, narra la entrada conquistadora y, posteriormente, la estructuración virreinal. Pero su atención se centra en torno a las cuestiones de la unión, desunión y guerras entre Perú y Bolivia.

Por fin, en el tomo octavo, aparte del relato de las principales circunstancias de la organización colonial de Chile, da gran cabida a los temas de la formación del estado político nacional. Este libro concluye con un epílogo breve sobre el Panamericanismo.

He aquí el resumen, más que somero y esquemático, de lo que contienen esos ocho libros. Pero con ello, prácticamente, no hemos dicho nada acerca del sentido de la exposición pereyriana.

Por lo pronto, citemos al propio historiador para poder acercarnos más al contenido de la obra. Escribió en el Prólogo al tomo quinto:

"Si el autor viera los hechos con criterio localista, su tarea se hubiera limitado a fundir las noticias de siete u ocho compendios de otras tantas Repúblicas. Pero a menos de hacer un simple resumen de crónicas, era necesario presentar aspectos generales de estos países, cunas de civilización y emporios de riquezas, en donde se efectuó el dramático choque de las potencias marítimas y en donde se plantearon grandes problemas de dominación imperial. De aquí la economía en la relación de todo lo que sea extraño al origen y a la supervivencia de la cultura hispánica".

Quiere esto decir, como lo expresó un investigador español, que "Pereyra sacrifica la claridad de los hechos a la claridad de las ideas".<sup>42</sup> Por ello, lo que no se encontrará en sus libros, será la narración cronológica de todo lo ocurrido en un determinado territorio, sino que el historiador ha tratado de presentar los momentos y los hechos claves de toda su evolución, a partir de su descubrimiento, con el objeto de dar una visión de conjunto que permita apreciar las particulares

(41) "Más tarde, en París, toda una colonia de hispanoamericanos escuchaba en nuestro cuarto inevitablemente del Barrio Latino, la lectura de los ocho tomos de su Historia de América, en la cual hay malo, regular y bueno, e incluso muy bueno, como son algunas páginas del tercer tomo dedicado a México". IDUARTE, Andrés: *Pláticas Hispanoamericanas*. Pág. 38 a 45. México, 1951.

(42) MUÑOZ PÉREZ, José: *Comentarios en torno a una Historia General de América*. En *Estudios Americanos*. Revista de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla. Vol. I. Nº 4. Pág. 715. Sevilla, 1949.

circunstancias, problemas, tensiones, soluciones y actitudes mantenidas por los diferenciados conjuntos nacionales o territoriales.

Tienen esas construcciones algo de esquemático, es cierto, y desde el punto de vista del estudioso y aún del conocedor de la historia de cada país, por supuesto que se le pueden hacer innumerables reparos. Mas, ¿implica esto determinar la anulación del esfuerzo de Pereyra? ¿Acaso él no se cubrió de estas críticas desde el primer renglón de la nota preliminar del tomo inicial, cuando escribió —bien que, tal vez, refiriéndose exclusivamente al tema del descubrimiento— que “esta obra es esencialmente vulgarizadora y su autor no pretende lograr en ella sino los fines propios de una labor educativa, a saber: la claridad y el método. Su aportación no es de verdades nuevas, pero sí de verdades ignoradas de la generalidad?”

Por eso creemos que, en cuanto a plan de su obra, Pereyra acertó con una solución bastante adecuada, unitaria e integral, junto a una particular, regional y nacional. “Aquello que realmente se hallaba en todos los territorios —el Descubrimiento y la organización imperial— se ha estudiado en su conjunto. Lo que, aún cuando se halle unido en la actuación metropolitana, se da ya sobre un territorio concreto, se halla ligado a un suelo determinado —como la conquista y la organización política— se estudiará en tomos sueltos, porque el concepto territorial se halla inconscientemente ligado, si así se quiere, a la idea de nacionalidad”.<sup>43</sup>

Finalmente, destaquemos dos rasgos que califican a esta obra. En primer término, uno que aparece con claridad es el de ser resultado de la más amplia consulta bibliográfica que podía hacer el autor en la España de su tiempo. Esto se une, en seguida, con lo que llamaríamos, de manera rápida, la elaboración personal que hizo Pereyra de todos los temas aludidos en sus libros, de manera tal que hay siempre una nota de originalidad en la presentación de los asuntos, en la calificación de los tópicos, en los juicios sobre muchas personas, en los planteos de innumerables cuestiones.

Por ello, esos ocho tomos son, más que exposición de hechos militares, una narración geográfica e histórica de la expansión y el desenvolvimiento de las comunidades hispanoamericanas en vez de la descripción de hechos políticos, el estudio de la organización institucional y social; antes que enumeración de personajes y fechas, referencias a pueblos, vida cotidiana, problemas de todo orden surgidos en la etapa independiente.

Y, el segundo rasgo, que dimana de la forma en que son presentados los asuntos, de ese estilo tan claro y brillante que era distintivo de la pluma de Pereyra y que lo llevaba a dar lo que llamaríamos un sentido de presente a toda su exposición. De manera que la lectura de la obra va dejando en quien la frecuenta una serie de ideas —que pueden no ser las propias del autor, lógicamente— pero que resultan claves para poder asumir una situación, una perspectiva y una posición ante muchos problemas que aún hoy siguen acuciando a la vida de las naciones americanas.

(43) *Idem.*, *id.*

### Prosigue la labor intelectual

En los años que van a seguir, Pereyra —que transita esa madurez espiritual e intelectual de que ya ha dado pruebas acabadas— continuará en sus tareas con el mismo empuje que hasta entonces.

Cabría repetir aquí aquello ya mencionado: es un hombre dedicado al estudio, al que entregaba la mayor parte de sus horas de actividad. Vivía, a la vez, con sencillez delicada, pues así como le gustaba permanecer retirado, en general, gustaba al mismo tiempo alternar sus compulsas y redacciones con simples labores, tales como la de regar su jardín o cultivar sus flores.

Pero también, había organizado las cosas de manera que no iba a quedar aislado, pues recibía constantemente a amigos y admiradores y, sobre todo, mantenía una activa correspondencia con ilustres escritores de su tiempo.

Esto, que formaba su mundo, se completaba con las frecuentes visitas que hacía, junto con su mujer, a museos, exposiciones y conciertos, ya que el gusto por las artes era un punto de unión entre don Carlos y María Enriqueta.

Pruebas de esa intensa labor intelectual tenemos en diverso grado. Sus conferencias, por ejemplo, de las que se recuerdan especialmente las pronunciadas en 1933 en el Rotary Club de Sevilla, la de 1935, en la Reunión de Artesanos, de La Coruña. Y sus cursillos en Santiago de Compostela.

Luego, sus artículos, que aparecían en diarios madrileños como *El Debate* y *El Sol*, en la Revista *Estudios*, de Buenos Aires, en la Revista *Mundo*, de la capital española, en el diario *El Universal*, de México, en el *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, de Madrid, en *El Diario Español*, de Buenos Aires, etc., etc.

Ocupaba, sin duda, una alta posición en el mundo de las letras, sin que, al propio tiempo, llenase ningún cargo o tuviese una remuneración oficial. Era el prototipo del hombre libre e independiente, que había llegado a la cumbre y cuyas preocupaciones de tipo histórico, político y sociológico acerca del continente americano, lo habían llevado a ese sitio.

De él y de sus obras se ocupaban, por entonces, plumas brillantes de destacados comentaristas: Luis Astrana Marín, Ciriaco Pérez Bustamante, Andrés Révész, César González Ruano, Manuel Serrano y Sanz, Rafael Heliodoro Valle, Melchor Fernández Almagro, José Vasconcelos, Miguel Artigas...

El 7 de enero de 1927 había recibido el título de Caballero de la Orden Civil de Alfonso XII. Integraba distintas sociedades de estudio: desde 1929, como vocal, el Comité Ejecutivo del Instituto Panamericano de Geografía e Historia; era correspondiente de la Academia Americana de la Historia, de Buenos Aires (1930), de la Academia Dominicana de la Historia (1934), Presidente de la Sección de Ciencias Históricas del Ateneo de Madrid, desde 1933, etc.<sup>44</sup>

De estos años son varios de los artículos, cortos y largos —algunos irán citados en nuestro último epígrafe— en los que expresaba Pereyra su maestría.

Unos son reflexiones de oportunidad, como ese titulado *Hispanoamérica e Iberoamérica*, publicado como folleto en 1927<sup>45</sup>; otros, de los que podrían contarse centenares, son como ese llamado *La tristeza del Escorial*, en el que se mezcla, con acierto artístico, la historia y la literatura<sup>46</sup>.

(44) *Cfr.* DOTOR, Angel: *Ob. cit.* Pág. 150.

(45) *Idem.*, *id.* Pág. 122 y ss.

(46) *Idem.*, *id.* Pág. 157 y ss.

Pero hay también estudios breves, como *Soldadesca* y *Picardesca*, en los cuales la pluma del autor se deleitaba al presentar personajes de aventura que le habían de servir para adquirir una idea completa del español del Siglo de Oro<sup>47</sup>.

Otro tipo de trabajo es semejante a aquel aparecido en *Mundo*, la revista madrileña citada, titulado *Nuestra Señora de Guadalupe*, del cual no queremos dejar de citar las palabras con que concluye, y que dicen: "Llegue hasta la Santísima Virgen de Guadalupe toda mi devoción por ella y por mi Patria!"<sup>48</sup>.

Y luego, está esa serie de estudios de divulgación, que son producto de una lectura abundante de fuentes, crónicas, relatos y de consultas diversas, y que don Carlos irá lanzando desde este tiempo, casi sin interrupción. Entre ellos podemos citar los dedicados a viajeros como *Jorge Juan*, *Antonio de Ulloa*, *Félix de Azara*; los que tienen que ver con los libertadores, *Miranda*, *Bolívar*, *Sucre*; los que dedicará a los dictadores y caudillos, como *Rosas*, *Portales*, *Francia*, *Páez*, *Castilla*, *Melgarejo*, *García Moreno*, *Núñez*, *Guzmán Blanco*, para no citar sino algunos.

Lugar aparte merece otro libro de Pereyra, aparecido en 1930, en edición de la Casa Aguilar. Se trata del conocido volumen *Breve historia de América*, que iría a alcanzar el raro privilegio —para este tipo de trabajos— de varias reediciones.

Con esa obra, nuestro autor pretendió dar la visión global de los hechos principales ocurridos en este Continente, desde el punto de vista de la historia interna.

El mismo declaró acerca de su objetivo:

"El autor se mantiene ajeno a exclusivismos localistas y sectarios. Aspira a presentar sin pasión el conjunto de la cultura iberoamericana y reduce a sus proporciones reales las excelencias de la anglosajona, digno de admiración cuando no se hace de ella una caricatura para propaganda.

"Los pueblos iberoamericanos, como España, han sufrido las consecuencias de la tesis autodenigratoria, sostenida constantemente durante un siglo hasta formar el arraigado sentimiento de la inferioridad étnica, que una reacción puede convertir en exceso de vanagloria.

"Sólo la información administrada con severa probidad sabrá dar ponderación a los juicios y solidez a los propósitos".

Este libro sigue teniendo actualidad. A él recurre todavía mucha gente deseosa de informarse y de adquirir orientación frente a muchos hechos. Porque Pereyra presenta las cosas esenciales de forma tal que, eslabonadas por su estilo penetrante, adquieren sentido y lo dan al lector.

Si quisiéramos destacar un rasgo de la *Breve historia* diríamos solamente esto: que amén de participar en el criterio ya expuesto de hablar de los pueblos aborígenes después de tratar el descubrimiento, lo que resalta de sus páginas, a través de esas nueve partes en que está dividido el libro, es el estilo personalísimo en que se lo escribió o, lo que equivale a decir, la forma y el modo en que Pereyra expone, a través del relato, las vicisitudes de la vida política americana<sup>49</sup>.

Otra obra suya es la titulada *La juventud legendaria de Bolívar*, que se publicó en 1932, en Madrid, también por la Casa Aguilar.

Es un estudio de tipo monográfico que emprendió partiendo de la necesaria rectificación que debía aplicarse al período 1783-1812 de la vida de Bolívar, por

que encontraba que en las historias que circulaban había una cantidad de elementos discutibles para la sana crítica, ya que eran producto de la traslación, a ese período, de la influencia derivada de la impresionante carrera política del proceso cumplida con posterioridad.

Para ello, comenzará por hacer, en la Introducción, una prolija revisión de toda la bibliografía existente. Y, en seguida, construirá su obra de una manera desusada en él. Esto es, dejando de lado los comentarios interpretativos brillantes para dar paso a una prolija exposición de transcripciones, versiones, opiniones de testigos, textos en una palabra, lo cual indica, francamente, que ha progresado en su "métier".

Y, claro, sigue a su biografiado desde los antecedentes familiares —con los que no hace simple genealogía— hasta sus estudios y su primer viaje a Europa, cuando terminaba el siglo XVIII.

Ya en esa parte se plantea la cuestión de la fidelidad política, mantenida incólume por los mantuanos hasta la primera década del XIX, pese a los ataques del precursor Miranda y a la fuerte y atractiva propaganda inglesa. Fidelidad que va a cambiar, solamente, cuando la disolución de la Monarquía deje en libertad a esos poderosos para tomar el gobierno de su propio país.

Luego, revisa Pereyra la época de la estancia de Bolívar en España; cuenta de su casamiento y la pronta muerte de María Teresa Rodríguez de Toro tras el regreso a Caracas; sigue con la vuelta del doliente joven al Viejo Mundo donde presenciara la coronación de Napoleón. Revisa, a renglón seguido, el viaje a Italia y el juramento famoso que habría pronunciado.

La segunda mitad del libro está centrada, casi por entero, en los precedentes de la Revolución del 19 de abril y en la figura de Miranda.

Explica bien y, sobre todo, plantea con claridad el problema que desembocará en aquel acontecimiento y en la actividad política y militar de Miranda y de Bolívar hasta 1812. Porque sigue al último en toda su participación, gestión diplomática en Inglaterra, regreso con el futuro dictador, la demagogia y fracasos de éste, hasta el momento de su prisión.

En suma; el libro es una de las mejores biografías de Bolívar que conocemos, hecha con objetividad y respeto por todas las fuentes pero, a la vez, con altura y criterio de historiador político<sup>50</sup>.

#### Últimos años

Al hombre que había hecho el mayor esfuerzo por reivindicar la causa de España, le iba a tocar apreciar, de muy cerca, la tragedia civil que enlutara a esa nación por varios años.

Pereyra y su esposa no abandonaron su casa cuando estalló la contienda y ambos arrojaron el peligro que, para sus vidas, significó seguir en Madrid, pese a que pudieran haberse acogido a la hospitalidad que el Cuerpo diplomático —y, expresamente, la Embajada de México— les pudo haber brindado.

Fueron tres años de privaciones y sufrimientos vividos en la Villa de las Acacias al amparo del pabellón mexicano, de los que los quisieron sacar algunos

(47) PEREYRA, Carlos: *Obras Completas*, Tomo II, Pág. 1267 y ss. México, 1960.

(48) Cfr. DOTOR, Angel: *Ob. cit.* Pág. 181.

(49) A esa primera edición de Aguilar, Madrid, 1930, han seguido, por la misma Casa, la segunda, Madrid, 1941, la tercera, de México, 1949 y la cuarta, de Madrid, 1958.

(50) La fecha de edición que usamos en este libro —Madrid, 1932— es la misma que cita RUBIO MASE, Ignacio: *Ob. cit.*, QUIRANTE, Martín: *Ob. cit.* y DOTOR, Angel: *Ob. cit.*

envíos de alimentos procedentes de Tángier, Ginebra, París o Marsella que no llegaron a sus destinatarios.

Más fueron, también —y esto es lo más grave— tres largos años en los que los ojos no se cansaban de asombrarse ante el más violento espectáculo de ocios y de lucha que se había desencadenado.

Y tanto sería así que el propio Pereyra podría decir, “al salir del antro rojo, el 28 de marzo de 1939”, aquella frase balance de Sieyès después de la Revolución Francesa: “J'ai vécu”.

Y esto no sólo por lo presenciado o lo sufrido en cuanto a privaciones, sino por haber estado amenazados de muerte muchas veces.

Palabras de uno de los biógrafos de Pereyra, recibidas de labios de la esposa de éste, prueban lo antedicho:

“El odio anticristiano no podía permitir que en los hogares se conservasen imágenes religiosas. Un cuadro que representaba a Jesús contemplando la ciudad de Jerusalén, que había sido comprado por María Enriqueta, permanecía en la pared. Su dueña pensó en la conveniencia de quitarlo para impedir el furor rojo, si éste llegaba a enterarse de su existencia. Estando a punto de hacerlo creyó que su deber y su fe religiosa le aconsejaban tener confianza en que Dios velaría por su hogar. En ese instante penetra un miliciano, que censura a la dueña de la casa por mantener en el muro una imagen de Cristo. La gran dama no se inmuta y con frases sublimes le dice que aquel cuadro representa la angustia y el dolor de quien vino al mundo para enseñar una doctrina de paz, de amor y de concordia. Y habló con tal elocuencia, que su voz pudo penetrar hasta lo más recóndito de la entraña de aquel rudo soldado, que sintió que aún palpaba su corazón de creyente y de español. —Perdóname señora, permítame que le bese las manos, me han conmovido tantos sus palabras... Y salió el miliciano sin causar daño alguno. Cuando regresó don Carlos a su casa, de la cual había estado ausente largo rato, el peligro estaba conjurado. La entereza de una mujer había vencido la rudeza de un soldado, la fe religiosa había triunfado.

Pero María Enriqueta sabía medir las consecuencias de sus actos y no pocas veces calmó la indignación que a don Carlos Pereyra le causara el espectáculo de hechos sangrientos y macabros de que era testigo presencial. Uno de éstos, de refinada crueldad, tuvo como víctima a un sacerdote a quien los rojos asesinaron con saña despiadada. Pero no contentos con haberle arrebatado la existencia, le pusieron un gran puro en la boca e hicieron mofa del cadáver cantando y bailando alrededor de él. Y lo más grave era que hasta niños tomaban parte en esa danza impía. Cuando aquellos miserables abandonaron el cadáver, don Carlos —Quijote al fin y como tal capaz de la más noble audacia— quiso sustraer el cuerpo a los desmanes de la muchedumbre. Pero la voz de la cordura que era María Enriqueta lo hizo desistir de su propósito. Para ellos que creían en Dios, supremo Juez del universo, aquel hombre gozaba de la gloria prometida a los mártires de la fe. No tenía objeto recoger el cadáver, además sería una imprudencia, porque los rojos podrían castigar severamente a quien lo intentara”<sup>51</sup>.

Carlos Pereyra reflejará esa situación en unas páginas pergeñadas mentalmente al calor de los tremendos sucesos de esos años y que, inmediatamente después del triunfo nacional, estamparía por escrito.

(51) Cfr. QUIRARTE, Martín: Ob. cit. Pág. 163-64.

Fueron hechas para una obra en colaboración en la que intervinieron otros escritores tan distinguidos como Alfonso Junco y Rodolfo Reyes, y que apareció en 1946 en México con el título *España está despierta*.

Pese a llevar esa fecha posterior a la muerte de don Carlos y a otras obras suyas, la mencionamos acá en razón de que sus artículos llevan las anotaciones de los días en que fueron escritos.

En el que terminó el 31 de julio de 1939 aclara don Carlos por qué compuso este trabajo. Dice allí:

“Estaba obligado a presentar mi experiencia, llanamente, sin tono patético. Esta aportación testimonial puede resultar superflua, o poco menos, reducida a la narración de martirios que siendo iguales para todos, todos cuentan con las mismas palabras. Pero una sinceridad sostenida y una ponderación deliberante merecen atención”.

Por tanto, ese testimonio se referirá a distintos tópicos, por ejemplo, al nuevo rostro que mostró Madrid desde el 28 de marzo de 1939 cuando, “encontré de nuevo su sonrisa, su júbilo, su pulcritud, su gracia y su fe”; al papel cumplido durante la guerra por la acción diplomática; al sistema de terror y asesinatos que se practicaba; al distinto uso que se hizo en ambos bandos de las fuerzas y los elementos de combate de manera tal que llega a decir que los rojos perdieron la guerra por su derroche de material y de sangre.

El conjunto de estos artículos demuestra que Pereyra vivió la lucha convencido de que, tarde o temprano, los errores de los políticos iban a arrastrarlos y a consumirlos en manos de los ideólogos y de los hombres de acción del marxismo, determinando la reacción nacional y su consiguiente caída<sup>52</sup>.

\* \* \*

Uno de los escritores que se ha ocupado de Pereyra comenta la extraña circunstancia de que, ni durante la Monarquía ni bajo la República, fueron reconocidos sus méritos como para que llegara a ser nombrado catedrático de Historia de América en la Universidad de Madrid. Y buscando explicaciones para tal hecho sugestivo, no encuentra más que dos: la “general y absurda despreocupación por lo americano” y “cierto concepto metodicista, sistemacista, fabricante de fichas bibliográficas”, es decir, lo que llamaríamos el profesionalismo extremo, que no habría asignado suficiente valor científico a su obra<sup>53</sup>.

Y ese autor concluye que, cualquiera fuese la razón, lo cierto es que aquello comportaba una notable injusticia, pues, entonces, en la capital española, muy probablemente nadie podía compararse en saber histórico americano a don Carlos.

Desde luego que títulos no le faltaban, por otra parte, pero esa anomalía —que otro escritor atribuye a una “organización miopemente reglamentista”<sup>54</sup>— va a significar que su magisterio tenga que excluir la cátedra (es decir, el medio natural) y ejercerse sólo por el libro, el periódico, la conferencia.

De cualquier modo, de esta situación lo iba a sacar, aunque no totalmente —bien que ayudándolo a salir de los sobresaltos, prisas y exigencias a que siempre está expuesto el escritor independiente— el Consejo Superior de Investigaciones

(52) PEREYRA, Carlos: *Obras Completas*. Tomo II. Pág. 1429 y ss. México, 1960.

(53) IDUARTE, Andrés: Ob. cit.

(54) Cfr. Revista de Indias. Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo. Nº 9. Madrid, 1942.

Científicas, organismo destinado a dar impulso a la tarea del nuevo Estado español, al nombrarlo Jefe de Sección de uno de sus Institutos, el Gonzalo Fernández de Oviedo, dedicado a la Historia Hispanoamericana.

En él, desde comienzos de 1940, iba don Carlos a centrar toda su renovada actividad, a dejar su formidable saber, a trabajar —él, que estaba próximo a los setenta— como si fuera un joven que recién comenzara.

Quienes lo trataron en estos tiempos valoran justicieramente lo mucho que Pereyra brindó al Instituto nombrado; por sus artículos publicados en la *Revista de Indias* y por los que tenía en preparación. Pero, más que esto todavía, por lo que representaba don Carlos para la vida de la nueva institución: él era "el consejo sabio, la sugerencia valiosa, el juicio certero" <sup>55</sup>.

\* \* \*

Pero volvamos a sus obras. La última, publicada en 1936, había sido la que en nuestro registro bibliográfico figura como *Monarques y el exotismo médico en el siglo XVI* y que hoy podemos leer en sus *Obras Completas* como *El Doctor Monarques, sus libros y su museo* <sup>56</sup>.

Ahora, en la *Revista de Indias*, irán saliendo trabajos de investigación de largo aliento, tales como: *El Guadalquivir en la Historia de América* <sup>57</sup>. *Las "Noticias Secretas" de América y el enigma de su publicación* <sup>58</sup>. *La comprobación del fraude cometido por el editor de las "Noticias Secretas"* <sup>59</sup>. *La mita peruana en el calumnioso prólogo de las "Noticias Secretas"* <sup>60</sup>.

Esto sea dicho sin mencionar, además, otros muchos artículos que iban apareciendo por esos años en revistas de la capital española, tales como *Montaigne y López de Gomara* <sup>61</sup>, *Bernal Díaz del Castillo, literato y soldado* <sup>62</sup>, *El bautizo de la California* <sup>63</sup>, *El colombianismo legendario* <sup>64</sup>.

Por otra parte, en 1942 aparecerá otro libro de Pereyra, el titulado *El fetiche constitucional americano*, en edición de la Casa Aguilar.

Es obra de crítica política, en la que su autor intenta hacer un análisis del régimen de gobierno establecido en los Estados Unidos desde su nacimiento como nación.

Pero, al mismo tiempo, no pretende —y paladinamente lo declara— efectuar un estudio de historia constitucional, sino, más bien, mostrar, casi como en advertencia y cautela, algunas de las más aparentes y graves fallas de ese sistema político.

Esto implica que Pereyra va a manejarse con subida desconfianza ante la práctica política en la democracia; que, para él, este término es sinónimo de plutocracia; que se detendrá en comprobar en qué momentos ha sido corruptor o ha actuado como tal, el poder del dinero; que la omnipotencia de los partidos políticos, como base de la actividad cívica, le parece intolerable dada la desviación que ellos comportan de la soberanía popular.

(55) Idem, id.

(56) Ob. cit. Tomo II. Pág. 1419 y ss. México, 1960.

(57) *Revista de Indias*. Tomo I. Nº 1. Pág. 15-34. Madrid, 1940.

(58) *Revista de Indias*. Tomo I. Nº 2. Pág. 5-33. Madrid, 1940.

(59) *Revista de Indias*. Tomo II. Nº 4. Pág. 107-133. Madrid, 1941.

(60) *Revista de Indias*. Tomo II. Nº 5. Pág. 5-37. Madrid, 1941.

(61) *En Escorial*. Tomo I. Nº 2. Pág. 227-236. Madrid, 1940.

(62) *En Revista Nacional de Educación*. Tomo I. Nº 10. Pág. 73-77. Madrid, 1941.

(63) *En Estudios Geográficos*. Tomo III. Nº 7. Pág. 385-404. Madrid, 1942.

(64) *En Revista General de Mañana*. Tomo CXXIII. Pág. 199-201. Madrid, 1942.

El libro, basado en un conjunto de autores norteamericanos, contiene atisbos sensacionales, sobre todo para lectores en español muy poco familiarizados con las intimidades de un régimen al que la promoción y la propaganda presentan siempre como perfecto.

Finalmente, es oportuno destacar que Pereyra supo ver, comenzando por el sistema económico colonial que forzó la situación hacia la independencia hasta llegar al análisis de los sucesivos procesos electorarios previos a las convenciones partidarias en que se designa a los candidatos a la presidencia, que hubo un claro sentido político en sus más grandes organizadores, los cuales se convencieron tanto de las ventajas del federalismo como unidad económica cuanto de las del republicanismo en lo que significó para la clase directora como incorporación del grupo plantador y expansivo.

Y todo expuesto —salvo, naturalmente, el *Apéndice* del libro que contiene los tres clásicos textos de la Declaración de Independencia, los artículos de Confederación y la Constitución de los Estados Unidos— con su fresca ironía, con ese su estilo tan particular que actualiza los problemas y los presenta, periodísticamente, por estar destinados a llamar la atención y a mover la reflexión del lector <sup>65</sup>.

\* \* \*

Por este tiempo, es probable que Pereyra hubiera comenzado la redacción de los tomos XX y XXI de la *Historia de América y de los pueblos americanos*, obras que se le habían encargado y que formaban parte de esa Colección de más de veinte volúmenes que dirigía, desde Madrid, otro célebre maestro de la historiografía española de los últimos años, don Antonio Ballesteros Beretta.

Pero, de cualquier manera, esos tomos no alcanzaron a salir <sup>66</sup>. Seguramente, se interrumpieron por la muerte de don Carlos <sup>67</sup>.

Llegamos, así, a los últimos días de la vida del historiador mexicano. Ignoramos si había sentido algunos síntomas que le advirtieran la proximidad de su mal. Lo cierto es que había estado trabajando en el Instituto Fernández de Oviedo como siempre en esos primeros meses de 1942, lo que es decir, investigando, estudiando, fichando y redactando.

Pero el viernes 8 de mayo tuvo que abandonar, a desgano y a deshora, su escritorio, pues no se sentía bien. Pese a ello, "rehusó insistente, como siempre, la ayuda que se le ofreció para ponerse el abrigo".

(65) Todos los autores citados que se han ocupado de la bibliografía de Pereyra, y, señaladamente, RUBIO MASE, QUIRARTE, DOTOR y AGUAYO SPENCER, dan a este libro el mismo pie de imprenta que nosotros.

(66) Por lo que consideramos grave error de DOTOR, Angel. Ob. cit. darlos por publicados, según dice en pag. 190: "No podemos dejar de referirnos aquí a otro trabajo relevante: la redacción de los tomos XX y XXI de la monumental Historia de América y de los pueblos americanos que, dirigida por don Antonio Ballesteros Beretta, edita la casa Salvat, de Barcelona, obra de la que han aparecido siete volúmenes. Trátase de la suma y compendio del mayor esfuerzo humano, en la que colaboran los más eminentes americanistas, describiendo los arcaos de la prehistoria americana y describiendo metódicamente las epopeyas de los siglos gloriosos hasta llegar a nuestros días, por lo que fácilmente se colige la importancia de esos volúmenes de Pereyra consagrados a México independiente y Centroamérica, cada uno con cerca de un millar de páginas y abundantes ilustraciones."

(67) Quien lo reemplazó, el historiador mexicano José Bravo Ugarte S. J. dice en *México Independiente y Centroamérica*, cada uno con cerca de un millar de páginas y abundantes ilustraciones. dependiente, Tomo XXII de esa Colección, (Barcelona, 1959) dirigiéndose Al lector, que ha procurado corresponder "a la benévola invitación de la gran Editorial española, para que sustituyese al ilustre historiador mexicano Carlos Pereyra, que era el designado para redactar el presente tomo".

"Abierto quedó sobre su mesa el grueso infolio de las *Cartas de Indias* y abierto por la misma página, como si sus ojos hubieran aun de posarse en ella, permaneció hasta después de su muerte. A un lado apilábanse —con otros cuantos— los copiosos tomos de Fernández de Oviedo y libros y revistas..."<sup>68</sup>.

En el tranvía que lo llevaba a su casa de la Ciudad Jardín, sufrió don Carlos un desmayo y manos amigas lo condujeron rápidamente junto a doña María Enriqueta.

Después, tuvo que ser trasladado a un sanatorio. Pero, pese a los cuidados de especialistas de nota, el tumor que lo consumía no podía ser operado. Así que hubo de aguardar el fin con paciente resignación.

El propio don Carlos comprendió su gravedad y, tranquilamente, fue disponiendo las cosas. Preparó su alma ante el sacerdote que lo visitaba. Su mujer ha escrito que hubo en sus labios una postrera sonrisa cuando comulgó por última vez. Murió el 30 de junio de ese año 1942.

Sus restos, que recibieron sepultura en el cementerio de San Isidro, fueron acompañados por un cortejo de distinguidas personalidades del mundo cultural hispanoamericano.

En 1949, por gestión del gobierno mexicano, se efectuó la exhumación del cadáver y la repatriación a su país. Hoy descansan en la llamada Rotonda de los Hombres Ilustres del Panteón de Santiago, de su Saltillo natal.<sup>69</sup>

#### Obras póstumas

Cuando aún los restos de don Carlos estaban en la capital española, se publicó, por la Casa Aguilar, su libro *Quimeras y Verdades en la Historia* (Colección Crisol, Nº 94, Madrid, 1945).

Se trata de una colección de ensayos dispersos que el autor había escrito en distintas fechas.

Su título revela una preocupación general: la de revisar, para actualizar críticamente, conceptos y hechos, teorías y formulaciones, que afectan a la estructuración científica, a la metodología y aún a los avances de la Historia como ciencia.

Pereyra tocará los temas más diversos y, ahora, mostrará una nueva característica de su estilo, pues puede apreciarse cómo el brillo de la forma no logra ocultar la constante discusión interna de quien se plantea los problemas que va exponiendo.

Las primeras cien páginas están dedicadas a lo que podríamos llamar, por extensión de conceptos, teoría de la Historia. En ellas, apunta a descubrir el sentido de esta disciplina, su ubicación en un cuadro de saberes, sus dificultades en el plano de la elaboración, sus exigencias y las que plantea al historiador, sus conexiones con otras disciplinas, etc., etc.

Y para estos planteamientos en los que se ve a las claras al hombre independiente que era Pereyra, utiliza todos los elementos de que suele disponer un talentoso ensayista: recurre a la anécdota, compara situaciones de su tiempo y del pasado, cita revistas científicas de actualidad para exponer opiniones de

(68) *Revista de Indias*. Ob. cit. Nº 9, Madrid, 1942.

(69) Relato de María Enriqueta Camarillo de Pereyra, en QUIRARTE, Martín: Ob. cit. pág. 193 y ss.

moda, especialmente francesas; maneja a los grandes autores de la antigüedad como Plutarco y a los más afamados de su época, como Renán y Croce; en fin, hace sociología, se mete en los vericuetos de la prehistoria, recurre a sus recuerdos de ciudades, monumentos, museos y, con todo y con todos, conversa, discurre, hasta ir planeando, generalmente en los últimos párrafos, sus conclusiones.

Demostrará, así, sus grandes conocimientos, su asiduidad en la lectura y su extraordinaria memoria.

Era un conocedor de la antigüedad greco-romana, un individuo dispuesto a analizar, con elementos, temas jurídico-políticos —como en el estudio dedicado a la Carta Magna—, un hombre que estaba al día con la problemática de la historia española, como cuando desmenuza la obra de Martín Hume.

Y siempre con esa frescura de espíritu dispuesto a mostrar las paradojas de sus comentados, las supercherías de muchos hechos consagrados por el uso ingenuo.

Pero, a la vez, van apareciendo en su pluma las citas oportunas de cronistas españoles y portugueses, va mostrando cuánto le interesaban los temas económicos y sociales de la historia europea, va discutiendo sobre asuntos de la historia política norteamericana, va planteándose cuestiones filosóficas en torno al materialismo histórico.

En definitiva; el libro es un breviario de cuestiones críticas trabajadas por un maestro de la exposición, ilustrado y razonador.

\* \* \*

La última obra de Pereyra que ha visto la luz es el trabajo titulado *México falsificado*, que publicará la Editorial Polis, de su país, en dos tomos y en 1949.

No queremos hacer aquí la crítica de este libro, porque pensamos que llenaría todo un capítulo realmente prescindible de esta bio-bibliografía. Aparte de que, para ello, deberíamos meternos en una problemática nacional sobre la cual difícilmente dispondríamos de todos los elementos de juicio.

Anotaremos, eso sí, que en él Pereyra se mostrará como el más severo crítico de la Revolución. Pues, apunta que ésta "ha sumido a México en un estado de miseria moral, de vergüenza y esclavitud, que sólo Dios sabe cuánto tiempo se prolongará".

Pereyra se coloca —según él— en una posición equidistante de los partidos políticos de su país y, desde luego, libre de compromisos de cualquier tipo.

Afirmará que, para sus análisis, los hombres solamente le interesan como exponentes de principios.

Y así, su pluma se va a internar, después de una breve narración histórica, en las diversas cuestiones del México posterior a la Reforma.

Sus dardos, entonces, se lanzarán contra la solución dada al problema de la tierra, contra la política de intervención norteamericana, contra la sectaria lucha antirreligiosa, contra las arbitrariedades de políticos inescrupulosos.

¿Es completo el cuadro que presenta? Autor hay que afirma que no, y, tal vez, tenga razón en algunas de sus observaciones parciales.

Pero, en todo caso, creemos que, como los severos juicios de Pereyra se reparten a unos y otros, a los Gómez Farías y los Juárez, los Porfirio Díaz y los Madero, los conservadores intervencionistas y los Huerta, Obregón y Calles,

hay un saludable afán por mostrar los muchos errores doctrinarios y de actuación que se cometieron al amparo de ideas nobles <sup>70</sup>.

\* \* \*

Queda así, delineado, nuestro recuerdo bio-bibliográfico. Su función es meramente introductoria y debe completarse con otros estudios que servirán para redondear la consideración cabal del Carlos Pereyra, historiador americano.

Apuntemos ahora, simplemente, que de este resumen emana un hombre, es decir una vida y una tarea guiadas sólo por su adhesión a las verdades en que él creyó.

Esa vida interesa como proceso particular seguido a través de la circunstancia mexicana y española y, también, importa como actividad historiográfica cumplida en varias direcciones principales: estudios sobre su país, sobre la política norteamericana, sobre la historia de América en sus distintos ciclos y sobre la labor desarrollada por España en este Continente.

El juicio y la valoración que merece esa producción, así como las ideas históricas con que trabajó Pereyra en sus diferentes momentos y aún su interpretación de un tema fundamental, cual es el de la Revolución hispanoamericana de independencia, son asuntos que ya estamos investigando porque creemos que son dignos de atención ya que se trata del legado que nos hizo uno de los más profundos conocedores y pensadores de nuestra historia.

EDBERTO OSCAR ACEVEDO

## EN TORNO A LA CRITICA SOBRE BERNAL DIAZ DEL CASTILLO

La crítica relativa a Bernal Díaz del Castillo y a su obra ha transitado caminos disímiles y a veces antagónicos, desde su misma fecha de composición hasta nuestros días. Sin ánimo de hacer una revisión de la misma, podemos indicar muy someramente algunas características, previas a la acotación que deseo hacer.

El propio conquistador recibió en vida los primeros juicios de uno de los dos licenciados a quienes prestó "un borrador", después de haber hecho sacar un traslado de su *Historia verdadera*. Curiosamente, las observaciones del más presuntuoso de ellos, apuntaban a dos tópicos sobre los que otros insistirían más tarde: la lengua y la presencia del autor en el relato. Sobre lo primero opinaba el licenciado:

"En cuanto a la retórica, va según nuestro común hablar de Castilla la Vieja y que en estos tiempos (1568) se tiene por más agradable, porque no van razones hermoeadas ni policia ("elegancia") dorada, sino todo a las buenas las llanas, y que debajo de esta verdad se encierra todo bien" <sup>1</sup>.

Respecto de lo segundo señalaba:

"Le parece que me alabo mucho, y en lo de las batallas y guerras que me hallé y servicios que he hecho a Su Magestad, que otras personas lo habían de decir y no yo, y también que para dar más crédito a lo que yo escribo diese testigos, como suelen hacer y alegar los coronistas, que aprueban con otros libros de cosas pasadas lo que de ello han dicho otras personas que lo vieron, y no decir secamente esto hice o tal me acaeció, porque yo no soy testigo de mí mismo" <sup>2</sup>.

Antonio de Solís se hizo cargo de estas dos críticas manifestando que la simpleza de estilo era un recurso para acreditar verosimilitud:

"Pasa hoy por historia verdadera ayudándose del mismo desaliño y poco adorno de su estilo, para parecerse a la verdad y acreditar con algunos la sinceridad del autor" <sup>3</sup>.

La condición de testigo tampoco le favorecía:

"Aunque le asiste la circunstancia de haber visto lo que escribió, se conoce de su misma obra que no tuvo la vista libre de pasiones para que fuese bien gobernada su pluma... andan entre sus renglones muy descubiertas la envidia y la ambición" <sup>4</sup>.

(70) Revisión en PEREYRA, Carlos. *Obras Completas*. Tomo I, Pág. 1274 y Tomo II, Pág. 7. Respectivamente México, 1959 y 1960.

(1) Cap. CCXII, pág. 375. Cito por: Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. 4ª edición, conforme a la de 1944, con introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas. Porrúa. México, 1955.

(2) *Idem*.

(3) *Historia de la conquista de México*, pág. 26. Emecé. Buenos Aires, sin fecha.

(4) *Idem*.